

FRANCISCO GARGALLO

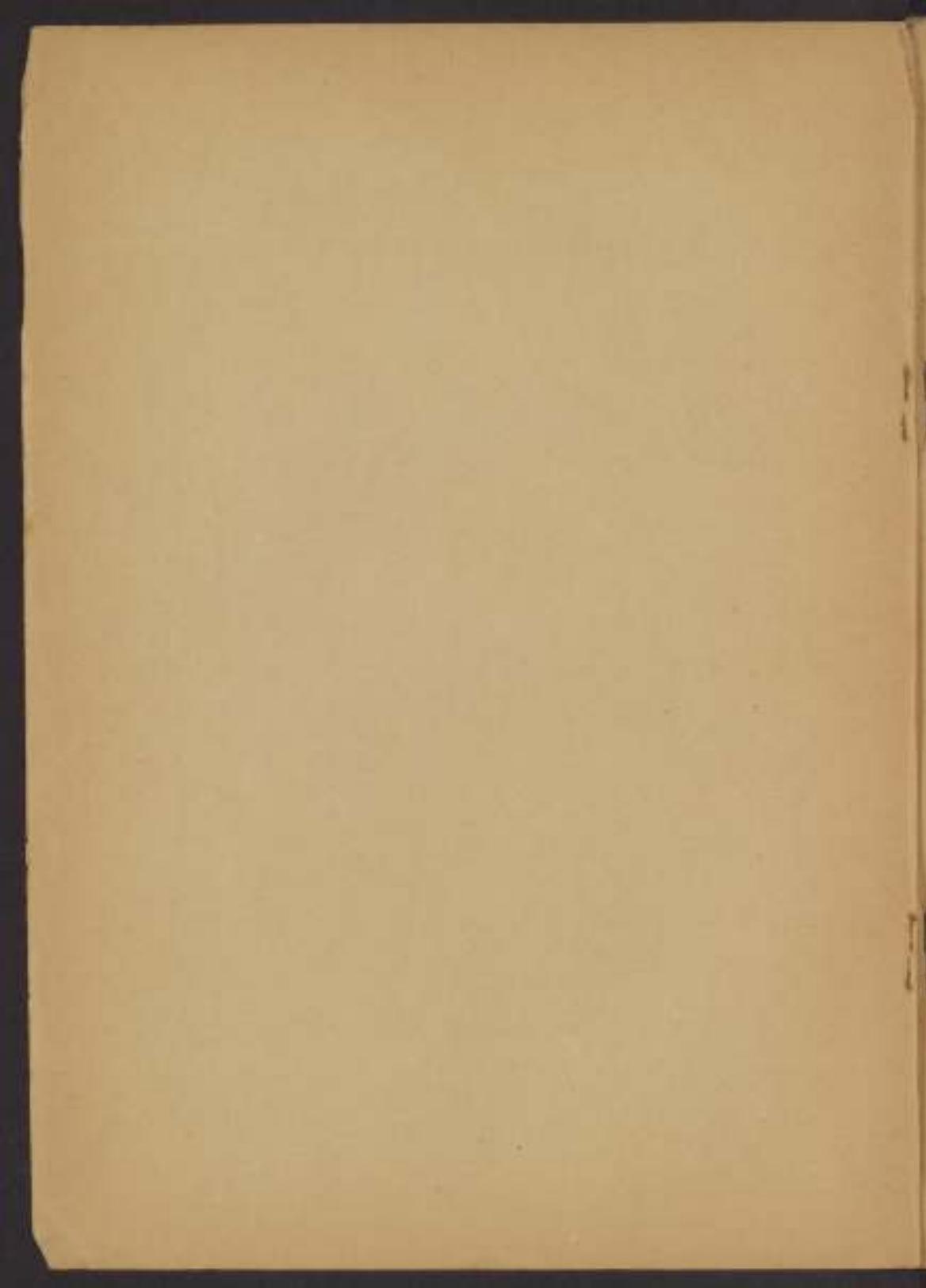
EL OCTAVO MANDAMIENTO

LINA
YEGROS



NIÑO FERNANDITO
RAMON DE SENTMENAT
JOSÉ BAVIERA

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS





CREACIÓN DE
LYNA YEGROS

Y

RAMÓN DE SENTMENAT

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbó, 16 - Barcelona

EDITORIAL

AFIS

Publicación semanal

Año XII

Núm. 208

El octavo mandamiento

Nuevamente FRANCISCO GARGALLO, el autor que ha sabido llegar, como ningún otro al corazón del público, nos ofrece el tema de una novela, en la que la emoción, el verdadero amor y el sacrificio, se hermanan sentimentalmente y nos hace vibrar el impulso de la humildad y realismo que ha sabido imprimir a sus personajes.

Dirección: **A. PORCHET**

2.ª EDICIÓN

Exclusiva para todo
el mundo:

JOSE BALART

Calle Valencia, 228 - Teléf. 79995 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Isabel	LINA YEGROS
Arturo	RAMÓN DE SENTMENAT
Berta Guadalupe	CARMEN RODRÍGUEZ
Aurora	Enriqueta Villalul
Pacundo Morales	Luis Villalul
Daniel	José Baviera
Lupita	Flora Conesa
D. Genaro Alve- rez de Castro	Francisco Hernández
Pépe	Alfonso Albelar
Carlitos	EL NIÑO FERNANDITO

Dirección

A. PORCHET

Música del

Mtro. **FORNES**

Toma vistas:

PORCHET Hnos.

Estudios **ORFEB FILMS**

EL OCTAVO MANDAMIENTO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

DOS HOGARES DISTINTOS

En una de las calles poco concurridas de Madrid en una modesta casita, limpia como un sol y alegre como una sonrisa, vivía la familia de don Facundo Morales, hombre muy metódico en sus costumbres y un gran aficionado a la colección de antigüedades, aun cuando su escaso salario no le permitiese tener todos aquellos objetos que él hubiera deseado. Era, en una palabra, un bonachón y hombre de bien cuya única manía consistía en las colecciones.

Su mujer, casi de su misma edad, vivía feliz en aquel hogar, que alegraba además la juventud

de su hijo Daniel y de Arturo, el cual fué prohibido de pequeño por el matrimonio Morales, por cuya razón los dos jóvenes se querían como hermanos.

Dos muchachos buenos a carta cabal, honrados a no poder más y trabajadores incansables. Aurora, esposa de Facundo, sentía un íntimo orgullo cada vez que miraba la elegante arrogancia de los jóvenes, y no cesaba de ensalzar sus maneras de ser, que jamás les había proporcionado a sus padres el menor disgusto. Eran cuatro seres en aquella casa, pero podía decirse que eran uno sólo a quererse y a animarse.

Precisamente aquella noche

ocurría algo extraordinario, porque Daniel y Arturo se hallaban encerrados en su cuarto disfrazándose de spachc, y era que tenían unas invitaciones para asistir al baile de máscaras del Polo Club, y Arturo no podía contener su alegría y tarareaba una canción popular, hasta que de pronto calló para preguntarle a Daniel, al mismo tiempo que se miraba al espejo:

—¿No te parece, Daniel, que esta patilla es más corta que la otra?

—Sí, espera, yo te la arreglaré—le dijo.

Y, en efecto, con el mismo corcho que se había pintado las patillas corrigió el defecto de la de su hermano, mientras que él seguía canturreando.

—¡Estás muy contento, Arturo!—le dijo finalmente.

—Sí, chico — respondió jovialmente Arturo—. Te aseguro que siempre me he divertido mucho en los bailes de máscaras.

—Dichoso tú que con tu carácter decidido te diviertes siempre y en todas partes. ¡En cambio yo me aburro soberanamente!

—Claro—le contestó riendo Arturo—. ¡Si es que eres más tímido que un colegial!

Y en efecto era así. Mientras

que Arturo era un muchacho todo optimismo, todo alegría y movimiento, Daniel era un muchacho tímido, pensativo; jamás se decidía a nada sin haberlo consultado infinidad de veces. Le gustaba ver cómo Arturo se divertía con cualquier cosa, a pesar de ser mayor que él, y le hubiera agradado poder ser como él para tomar la vida con igual indiferencia que Arturo. Pero eran inútiles sus esfuerzos... Sus caracteres eran completamente diferentes y no había manera de poderlos cambiar.

Si quisieron arreglándose su disfraz, mientras que en otra casa, muy lejos de allí y de muy diferente aspecto, sucedía una escena muy parecida a la que dejamos relatada. Era nada menos que en la lujosa mansión del acaudalado don Genaro Alvarez de Castro, cuya fortuna era inmensa.

Por todas partes se advertía la riqueza que poseía el dueño de la casa, tanto en la riqueza de sus muebles como en los objetos artísticos que en profusión grande se hallaban esparcidos por todas las estancias.

Don Genaro Alvarez de Castro era un hombre de unos cincuenta años. Había quedado viudo hacía bastante tiempo, y su único cari-

ño era su hermana, y la idolatría que sentía por su hija Isabel, muchacha de unos veinte años de edad.

Mas a pesar del cariño que don Genaro sentía por su hermana Berta, Isabel no le profesaba el mismo afecto. No es que la quisiese mal, nada de eso, porque en el corazón de Isabel no había lugar para ningún sentimiento de odio; era sencillamente que la fastidiaba hablándole siempre del mismo asunto. No había ocasión en que no sacase a relucir la elegancia de su hijo Pepe, ni había momento en que no le hiciese entrever la posibilidad de una boda con él.

De sobras sabía Isabel que su primo Pepe no la amaba. Seguía únicamente los consejos de su madre pensando en la dote de ella y dándose cuenta de que su situación financiera, por desgracias de familia, no era todo lo buena que se podía desear.

Además Pepe era un muchacho antipático. Gastaba más de lo que podía y su figura ridícula le causaba a Isabel gracia, más que ningún otro sentimiento.

Su tía Berta había procurado varias veces sondear el ánimo de la muchacha respecto a aquella boda que ella había ideado, pe-

ro siempre se encontró con la evasiva de la joven, que sin decirle que no rotundamente, tampoco le daba ninguna esperanza en la que pudiese fundar ilusiones.

Doña Berta culpaba mucho de ello a su hijo. Sabía que no insistía con su prima para hacerla acceder a ser su esposa y hasta estaba segura de que jamás la habló de amores.

Aquella noche, como decimos, Isabel sentada frente a su rico tocador se arreglaba unos rebeldes ricitos que adornaban su linda carita de muñeca, cuando de pronto tuvo un pensamiento desagradable y le dijo a su doncella:

—Sentiría encontrarme en el baile con mi primo Pepe.

La doncella sonrió, sabedora de las intenciones del primo de la señorita y le replicó:

—Téngalo por seguro, señorita.

—Pues maldita la gracia que me hace... Yo quiero divertirme esta noche.

Lupita, la doncella, con esa confianza que da siempre la misma edad, aun cuando exista gran diferencia de clase, respondió riendo:

—Hay que ver lo feo que es el pobre... pero qué simpático.

Isabel se volvió sorprendida para ver a su doncella y exclamó:

—¿Cómo?

—Ay, perdóneme, señorita — confesó la doncella — pero... es que tengo que hacerle una confidencia.

—Habla — le respondió Isabel, sintiendo cierta curiosidad.

—Pues verá usted — siguió diciéndole la muchacha—. Su primo, el señorito Pepe, irá esta noche al baile, porque muy en secreto me ha dado estos cinco duros para que yo... comprende usted, no dejara de ir tampoco.

Isabel que conocía la debilidad de su primo por las doncellas, no pudo menos que echarse a reír y le dijo:

—Ah, ya comprendo... ¿También contigo se atreve?

—Es un Don Juan 1935 — exclamó la doncella derritiéndose materialmente.

—Bueno, pero tú me has enseñado dos billetes — le dijo Isabel—. ¿De quién es el otro?

—Es también muy en secreto — respondió la doncella—. Me lo ha entregado su mamá.

—¿Mi tía Berta? — preguntó sorprendida la joven—. ¿Para qué?

—La vieja me ha recomendado que convenza a la señorita para ir

a la fiesta, con el fin, claro, de que se encuentre usted allí con el señorito Pepe.

Isabel se levantó de delante de su tocador, al mismo tiempo que reía alegremente y exclamó:

—Muy bien planeado... Hace ya mucho tiempo que mi tía Berta prepara el ánimo de mi padre para mi boda con el primito.

La doncella sonrió comprendiendo las intenciones de doña Berta y exclamó:

—No es tonta su tía, señorita.

—Claro. Mi papé es inmensamente rico y si algún día falta...

—No se apure la señorita — le dijo la doncella sonriendo picarescamente—. Yo me encargaré en el baile de atrapar al señorito Pepe y así quedará usted libre para bailar con quien más le guste. ¿No?

—Eres una joya, Guadalupe — le dijo sonriendo Isabel—. Tendré que darte otros cinco duros...

Las dos muchachas se echaron a reír alegremente, más que como ama y criada, como si fueran dos verdaderas amigas, toda vez que Isabel estaba convencida de que su doncella era incapaz de traicionarla.

Se acercaba la hora del baile, y el primo de Isabel todavía no estaba vestido del todo. Se hallaba

rebuscando por toda su habitación cuando entró su madre y le preguntó extrañada de verlo allí todavía:

—¿Qué buscas?

—La gorra—respondió Pepe—. ¿Dónde tengo la gorra?

—Puesta—le respondió de mal humor su madre—. Debías preguntar dónde tienes la cabeza.

—Pues dentro de la gorra—exclamó riéndose el mismo el chiste.

Su madre se quedó mirando la figura de su hijo y acercándose a él le colocó mejor la gorra y las gafas, al mismo tiempo que le iba diciendo:

—Ponte así las gafas... La gorra un poco ladeada... así... Qué poca gracia tienes, hijo... Cuántos quisieran tener tu figura para presumir...

Pepe comprendió a lo que se refería su madre y le respondió, cansado de que siempre insistiera sobre lo mismo:

—De todas formas creo que estamos perdiendo el tiempo, mamá... Mi prima Isabel no irá al baile.

—Tu prima no faltará a la fiesta, mameuco—le dijo su madre con un gesto que no admitía réplica—. Le he dado a Guadalupe cinco duros para que la convenza.

—¿Tú también? — preguntó Pepe extrañado.

—¿Cómo, yo también?

Pepe se dió cuenta de que había estado a punto de descubrirse y procuró enmendarse diciéndole:

—Quiero decir que tú también tienes unas cosas... Mira que mezclar a Guadalupe en estas cosas...

—No está de más — le replicó su madre—. Hay que tener contenta a Guadalupe para que nos ayude.

Pepe había terminado de vestirse y le preguntó a su madre para que le resolviera una duda que le había surgido a última hora:

—¿Qué te parece que lleve al baile... pistola o navaja?

—Un cañón — respondió de mal humor doña Berta—. No te fijas en lo que estoy hablando, y de ello depende nuestro porvenir... Tienes que declararte a tu primo en el baile, como tu padre (que en Gloria esté) se me declaró a mí. Sin quitarte el antifaz te acercas a ella y le dices al oído: «Hay un hombre que está loco por usted»... Y desapareces.

Pepe miró a su madre como si pensase que estaba loca, y ésta continuó diciendo:

—Ella intrigada no dormirá en toda la noche pensando en la aventura, y mañana cuando estés

a solas con ella le dices: ¡Isabelita: ¿sabes quién era la misteriosa mascarita de anoche?... ¡Yo!

Pepe no prometió nada, pero para contentar a su madre le dijo:

—Veré si me atrevo, mamá... Aunque te advierto que todo esto me parece de un cursi muy subido...

—¡Eres un idiota! — exclamó su madre mirándole despectivamente—. Esto que te digo que hagas no falla nunca. Así cai yo con tu padre, así caerá tu prima contigo. ¡A las mujeres nos gusta tanto el misterio... La intriga... La aventura...

Pepe no quiso seguir discutiendo más con su madre, al darse cuenta de lo avanzado de la hora, y temiendo llegar tarde y que Guadalupe se cansara de esperar, se despidió de ella para marcharse al Polo Club, donde debían estar ya su prima y su doncella.



Arturo y Daniel estaban ya listos para el baile, pero entonces se dieron cuenta de que les faltaba algo muy principal para esta clase de diversiones, y era el dinero. Ninguno tenía más de unas cuantas pesetillas que en junto no li-

gaban a dos duros, y con aquella fortuna era imposible presentarse en un baile de máscaras nada menos que de la categoría del Polo Club. Pensando en que sus padres les resolvieran el conflicto salieron al comedor donde don Facundo seguía pegando sellos en su álbum. Su mujer reñía con él y le decía:

—Acabarás en un manicomio, Facundo. ¡Dichosos sellos!

—Tú qué sabes de cosas filatélicas, mujer — le respondió compasivamente su marido.

—¡Como lo otro! — volvió a decirle Aurora—. Coleccionar objetos pertenecientes a hombres célebres... Ganas de perder el tiempo.

Don Facundo, sin irritarse, porque era un hombre de una paciencia jobina, apuró la copita de estomacal que tenía en la mesa y mirando a su mujer le dijo:

—Eso que tú llamas perder el tiempo, será mi orgullo, Aurora. Llegaré a poseer un pequeño y valioso museo, y cuando yo cierre los párpados, tú y los chicos tendréis con mi museo una fortuna.

En aquel momento se abrió silenciosamente la puerta y aparecieron Daniel y Arturo. Los dos venían camuflados y gritaron desde la puerta:

—¡La bolsa o la vida!

Don Facundo reconoció la voz de su hijo y protestó, sin que le hiciese gracia la broma. Su mujer fué la que primero habló diciéndoles:

—Me habíais asustado... ¿A quién se le ocurre pedir la bolsa a últimos de mes? ¡Qué ganas de gastar saliva, hijos míos!

Arturo la acarició mimosamente y le dijo:

—Aunque sólo sean diez pesetillas. ¿Cómo vamos a presentarnos en un baile de postín como el del Polo Club, sin cinco en el bolsillo?

Aurora comprendía que llevaban razón sus hijos. No podían ir al baile sin dinero, y señaló a su marido diciéndoles:

—Acaso vuestro padre...

Don Facundo al sentirse aludido levantó rápidamente la cabeza y preguntó:

—¿Quién os ha dado esas entradas?

—Mi jefe—respondió Arturo—. Es socio y me dijo que no podía asistir. Papá, de los tres hombres de esta casa el único que es capaz de reunir tres duros eres tú... Mira, si pica un cliente que tengo ya medio convencido con un Chrysler que es una ganga, el lunes habrá tela para todos.

Don Facundo movió la cabeza negativamente y le respondió:

—No me convences.

Entonces Arturo miró a escondidas a Daniel y guiñándole un ojo se volvió otra vez hacia su padre diciéndole, como quien de pronto se acuerda de algo muy importante:

—¡Qué idiota soy! Tengo dos sellos estupendos para ti, papá... Tráelos, Arturo... Están en mi cartera...

Se fué Arturo a buscarlos, y su padre le preguntó con vivo interés:

—¿Dos sellos?

—Sí—le afirmó Daniel—. Dos ejemplares curiosísimos. Uno del Transvaal y el otro del Japón.

Don Facundo miró a su álbum y exclamó viendo en blanco los lugares que correspondían a aquellos sellos:

—Precisamente tengo en blanco las casillas de esos sellos.

Poco después apareció su hijo con los sellos. Don Facundo los examinó con su lupa y al final los pegó en el álbum, demostrando en su rostro la alegría de quien ha encontrado una cosa extraordinaria.

Hecho esto, echó mano de su cartera, sacó cinco duros y se los dio a los jóvenes diciéndoles:

—Ahí tenéis esos cinco duros.
Mientras Arturo se guardaba el dinero, Daniel le preguntó:

—Oye, papá, una curiosidad... ¿Qué contiene aquel frasquito que trajiste ayer? Parece una judía en alcohol.

—Es un recuerdo valiosísimo— respondió su padre con admiración.

—¿Y qué es?

—Una muela de juicio de Carruso.

Los dos chicos contuvieron la risa por miedo a que su padre pudiera quitarles nuevamente los cinco duros, y salieron para ir al Polo Club y divertirse todo lo que pensaban hacerlo aquella noche.

EN EL POLO CLUB

Era el Polo Club una de las sociedades más aristócratas de Madrid. Allí acudía la mejor sociedad y por lo mismo sus bailes tenían el tono de «chic» que les daba la concurrencia.

Cuando Daniel y Arturo llegaron allí se encontraron con que la fiesta estaba en todo su apogeo. Las parejas bailaban alegremente y los dos jóvenes eligieron una mesa desde la cual podían ver a casi todas las parejas que bailaban. Frente a ellos, en una mesa y solas completamente, estaban sentadas Isabel y Guadalupe. Pronto la belleza de Isabel llamó la atención de Arturo, que no quitaba ojos de ella, mientras que la muchacha le decía a su doncella:

—¿Qué calor me da este antifaz!

—Y a mí — respondió Guadalupe.

—Lo que es yo no me lo pongo en toda la noche.

Daniel también se había fijado en la belleza de Isabel, y llamó la atención a su hermano diciéndole:

—Fíjate, Arturo, qué muchacha más guapa.

—¿Guapa? — exclamó Arturo—. Querrás decir guapísima.

—Si no me faltara el valor— exclamó Daniel—. Así es la mujer que yo sueño.

—Pues atrévete — le animó su hermano.

—No, hombre — respondió Da-

niel—. Sin haber sido presentados, no está bien... A lo mejor es hija de algún título.

—¿Y qué importa eso? — le dijo—. Con ese carácter jamás llegarás a tener novia.

Y mientras discutían los dos jóvenes, Pepe llegó al baile y se dirigió hacia la mesa donde estaba su prima Isabel. Guadalupe fué la que le vió entrar, y dándole con el codo a su señorita le dijo:

—Ahí viene su primo.

Isabel se volvió para verlo llegar y exclamó riendo:

—¿Qué mono!... Está para rífarlo en una tómbola.

Pepe, siguiendo las instrucciones de su madre y sin quitarse el antifaz para que no le conociese su prima, le dijo en voz baja:

—Señorita, «hay un apache que está loco por usted».

Isabel le miró burlescamente y le respondió:

—Sí, se llama Pepe y es mi primo; su locura no me extraña.

Pepe quedó cortado ante la respuesta de su prima, y ésta siguió diciéndole:

—No le extraña porque es herencia de familia. Su madre tampoco está muy bien de la cabeza.

Pepe hizo ademán de invitar a bailar a su prima, pero antes de

que pudiera decirle nada, Arturo que se había adelantado llegó a ella y la joven aceptó la invitación de éste, dejando a su primo con un palmo de narices. Pepe, comprendiendo que su prima le había reconocido, le dijo a Guadalupe:

—No me he quitado el antifaz en toda la noche, y sin embargo Isabel me ha reconocido... No me lo explico...

—¿Por qué no fingió usted la voz, señorito Pepe? — preguntó Guadalupe—. Además se debía usted haber quitado las gafas.

—Tienes razón, Guadalupe— le respondió Pepe—. He hecho una plancha enorme.

Se quitó las gafas, las limpió tranquilamente y después de ponersele quedó un rato contemplando a Guadalupe hasta que ésta le preguntó:

—¿Qué mira usted, señorito Pepe?

—Que estás muy guapa vestida de apache — le respondió él—. Tú tienes algo de vampíresa, Guadalupe...

Guadalupe le miró reprochándole cariñosamente aquella forma de hacerle el amor y le dijo:

—¿Si le oyera la señorita Isabel!

Pepe se sentó al lado de la doncella, y como una persona que es-

tá plenamente convencida de lo que dice, comenzó diciéndole:

—Mira, Guadalupe, la verdad. Yo soy corto de vista pero no un lila. Sé que mi prima cuando me ve le parece que ve al diablo.

—No tanto, señorito — respondió la doncella.

—Lo de nuestra boda — siguió diciéndole en tono confidencial— son manejos de mi madre y mi tío; pero que mi prima no carga conmigo, eso es histórico.

Entretanto había terminado la pieza a la cual había invitado a bailar Arturo a Isabel, y éste antes de dejarla la invitó a un refresco. La joven se negó a aceptarlo y prefirió salir a la terraza del jardín. Se encontraron allí solos y la joven con la franqueza que siempre la caracterizaba le dijo:

—Muchas gracias por haberme invitado a bailar... De valiente pelma me ha librado usted.

—Pues le advierto — le dijo riendo Arturo — que estoy dispuesto a espantar a todos los pelmas que puedan presentarse... ¿Quién es ese tipo?... ¿Le conoce usted?

—Sí... es... mejor dicho — titubeó ella—. Fué un alumno mío de inglés.

Isabel, que no quería descubrir que era la prima de Pepe, ni tam-

poco quién era ella, prefirió adoptar la personalidad de cierta profesora de inglés que tuvo y por eso le respondió en aquella forma.

—¿Es usted profesora de inglés? — preguntó Arturo, sin poder contener su alegría, al pensar que se trataba de una mujer de su misma condición social.

—Sí, señor — siguió diciéndole Isabel—. Soy profesora de la Academia Smith... ¿No ha oído usted hablar nunca de la profesora Nelly Moore?

—¿Nelly Moore? — se preguntó Arturo como si quisiera hacer memoria, aun cuando él jamás había estado en una academia de inglés.

—Sí... Nelly Moore — insistió ella.

—La verdad, nunca he oído hablar de esta señorita.

—Pues esta señorita soy yo — siguió diciéndole Isabel, encontrando además divertida la situación.

—Claro está que desde hoy no olvidaré jamás ese nombre — le dijo cariñosamente Arturo—. Hace tiempo que deseo aprender inglés para... para jugar al golf, por ejemplo.

Isabel sonrió ante aquella ocurrencia. No podía negarse a sí misma que había tenido suerte

aquella noche al encontrar un muchacho tan simpático como Arturo, y pensaba que en toda la noche no abandonaría su pareja, aun cuando tuviera que extremar su precaución para que él no advirtiese el interés que le había inspirado.

—En el Club — siguió diciéndole Arturo, dándole de un aristócrata — casi todos mis amigos hablan inglés... Verdaderamente yo estoy haciendo el ridículo... Le repito que desde mañana iré a que me dé usted lección.

Isabel no esperaba una contestación de esta índole y por lo mismo se apresuró a responder:

—No podrá ser... Mi clase está completa y ya vamos por la mitad del curso...

—¡Qué contrariedad! — se quejó Arturo—. Acaso consultando con el director de la Academia... Quizás entre en sus cálculos abrir un nuevo curso...

—Lo veo muy difícil. En fin, le consultaré — respondió Isabel.

Arturo, que estaba dispuesto a no perder por nada del mundo a aquella mujer, le preguntó:

—Entonces, si a usted le parece bien, yo mañana a las ocho la esperaré en la puerta de la Academia para saber el resultado de sus gestiones.

Isabel sintió una gran alegría al oír la proposición del joven y le dijo:

—¿A las ocho? Precisamente a esa hora salgo todos los días para... dar una lección particular... De acuerdo.

—Agradecidísimo — le dijo entusiasmado Arturo—. Y ahora se me ocurre una pregunta. ¿Cómo siendo usted inglesa habla tan correctamente el español?

Isabel, que no se esperaba esta pregunta, quedó por unos segundos desconcertada, pero inmediatamente se repuso y respondió:

—¿Le choca, verdad? Es la misma pregunta que me hacen todos los que no saben que soy española, aunque de padres ingleses.

—Ah, ya decía yo — murmuró Arturo.

—Sin embargo — continuó diciéndole Isabel — si se fija usted bien, se dará cuenta de que se me nota un poco el acento extranjero.

Arturo no le notaba más que un acento encantador, y por lo mismo le respondió:

—Yo no le noto a usted más que un acento delicioso.

—Muchas gracias — respondió ella sonriéndole, al mismo tiempo

que se ponía en pie y le preguntaba, con bastante interés:

—¿Ha venido usted solo al baile?

—No. Vine con mi hermano Daniel... Es aquel muchacho que está allí solo.

—¿Aquel que se entretiene en un baile de máscaras jugando con una pajarita de papel?

—El mismo — respondió Arturo—. Es muy corto de genio... Ya verá usted cómo es capaz de estar toda la noche sin bailar.

Isabel se echó a reír y exclamó:

—Pues sí que se va a divertir... No se parece a usted.

—En nada — respondió Arturo. Es que... aunque es mi hermano... no es mi hermano... ¿Usted me comprende?

—No está muy claro...

—Bueno, pues mañana se lo contaré... Es una historia muy larga y no es ahora el momento oportuno para referirla.

Isabel sonrió complaciente y le respondió:

—Como usted quiera.

Y durante todo el resto de la noche Isabel no supo separarse de Arturo, sintiendo esa atracción que suele ser siempre precursora del amor.

Cuando regresaron a la casa las dos muchachas, Isabel estaba radiante de alegría. Sentía interior-

mente una dicha y una felicidad como jamás había conocido. Necesitaba su corazón desahogarse con alguien, contarle a alguien aquella dicha que había conocido en el baile, y, claro está, a falta de madre, fué Guadalupe su confidente, a la que le refirió toda la conversación sostenida con Arturo y terminó diciéndola:

—Casi hemos quedado comprometidos... Mañana vendrá a buscarme.

—¿Y su papá? — preguntó la doncella—. ¿Qué dirá su papá?

Isabel no le dió importancia a ello. Pensaba que su padre accedería a sus amores, toda vez que se trataba de un muchacho de la buena sociedad y bueno, por lo que le respondió a Guadalupe:

—Más adelante se lo contaré todo a papá.

Y sin poderse contener abrazó a su doncella, que la dijo riendo:

—Está usted muy contenta, señorita.

—¿No es para estarlo?—le preguntó Isabel—. ¿Crees que es tan fácil hallar a un hombre que me cree una humilde profesora de idiomas y sin embargo flirtea conmigo?

Guadalupe se contagió de la misma alegría de su ama y de su mismo entusiasmo, y acordándose de Arturo la dijo:

—Verdaderamente que parece un hombre muy simpático.

—¡Simpatiquísimo! — exclamó Isabel—. Ya verás cuando le diga a papá: «Ya encontré uno que no busca mi fortuna. ¿Ves a ese joven distinguido, aristócrata además? (porque estoy convencida de que es un aristócrata). Pues ese joven me cree pobre y me quiere, me acepta sin mirar la diferencia de clases que nos separa»...

—¡Qué suerte, señorita! — exclamó Guadalupe, pensando en si ella pudiera tener la misma suerte que su señorita.

—¿Tú te fijaste?—continuó diciéndole cada vez más entusiasmada Isabel — qué distinción más natural la suya?... ¡Qué finura!... ¡Qué porte más distinguido!

—¡Y qué coche, señorita!—exclamó la doncella, pensando que era propiedad de Arturo el coche en el que las había llevado.

Y mientras Guadalupe la ayudaba a desnudarse para meterse en la cama, Isabel no cesaba de hablar de Arturo, con un entusiasmo que solamente suele sentirlo una persona que está plenamente enamorada.

Y lo mismo que le sucedía a Isabel le ocurría a Arturo. Este también había llegado a su casa,

y mientras se acostaba le decía a Daniel:

—Es una muchacha muy interesante... El tesoro que te has perdido, Daniel, por tu cortedad...

—No te envidio — respondió Daniel—. Estoy contento de que tú lo hayas encontrado. Seguramente esa muchacha te ha tomado por un chico bien.

—No lo dudes — exclamó riendo alegremente Arturo—. ¿Acaso no lo parezco?

—Sí—respondió su hermano—, pero no olvides lo que constantemente nos dice papá: «La mentira no acarrea más que conflictos».

—Papá es del siglo pasado — repuso bromeando Arturo—. En el nuestro, mentir no tiene importancia.

—¿Y qué es ella, te lo dijo?— le preguntó Daniel.

—Ella... pues es... encantadora sobre todas las cosas.

—Bueno, y además de encantadora, ¿qué es?

—Pues además es profesora de inglés. Ha nacido en España, pero sus padres son extranjeros.

Daniel se quedó mirando a su hermano. Tuvo el presentimiento de que aquella mujer no le había dicho la verdad, y no pudo menos que expresar sus dudas diciéndole:

—Estaría bueno que mintiese como tú.

—En lo de profesora, no sé — respondió convencido Arturo—, pero en lo tocante a ser hija de extranjeros, no falla. Se esfuerza en hablar perfectamente nuestro idioma, pero le noté en seguida en el acento que no era de aquí.

—Pues nada, chico — terminó diciéndole su hermano, a la vez

que se metía en la cama—. Buena suerte y que dure por muchos días. Buenas noches, Arturo.

Y en la obscuridad del cuarto, Arturo vió flotar como un hada misteriosa de ensueños la delicosa figura de Isabel, mientras que ella se había dormido también, con el pensamiento lleno del recuerdo de Arturo.

UN IDILIO ORIGINAL

A la mañana siguiente, cuando Guadalupe entró a abrir los grandes ventanales del dormitorio de su señorita, Isabel abrió los ojos trabajosamente y preguntó:

—¿Es muy tarde, Guadalupe?

—Ya es media mañana, señorita—respondió la doncella.

—Pues voy a vestirme... Ayúdame.

Guadalupe se acercó a la cama de su señorita, y ésta obsesionada por el recuerdo de Arturo comenzó nuevamente a hablarle de él y le dijo riendo:

—Guadalupe, ¿tengo yo acento de extranjera?

—Ninguno, señorita — respondió la doncella sorprendida por aquella pregunta.

—Pues él está convencido de

que sí. Lo que nos vamos a reír cuando le descubra la verdad, porque si las cosas siguen adelante, tendré que confesárselo, ¿no te parece?

—Claro que sí — respondió la doncella—. ¿Pero qué sabe usted de él, señorita? A lo mejor es un pobre diablo.

—¡Guadalupe! — le reprendió Isabel severamente—. Te prohíbo que hables así de él. Se relaciona con las mejores familias de nuestra sociedad y hasta conoce al dedillo los coches que tienen y las marcas.

Claro está que Isabel no conocía, sin embargo, que la profesión de Arturo era precisamente la de corredor de automóviles usados y que era por esta causa por la que

se sabía la marca del coche que tenía cada una de aquellas familias aristocráticas que él había mencionado durante la conversación de la noche anterior, para afianzar más el convencimiento de Isabel de que él era un muchacho de la buena sociedad.

—Es distinguidísimo — continuó diciéndole Isabel—. No hay más que oírle hablar. ¡Si entenderé yo de eso!

—Perdone la señorita — volvió a decirle Guadalupe, pero yo se lo decía porque tuve un novio que parecía un marqués, me pidió más ahorros para ponerlos en el Banco y despegó como un aviador con rumbo desconocido...

Isabel sintió una gran angustia al pensar tan sólo que Arturo pudiera ser como aquel individuo de quien le hablaba Guadalupe; pero como el amor es fe, ella la tuvo absoluta en el hombre que había sabido conquistarla, y respondió:

—Bueno... pero... en este caso... no hay que pensar en eso.

—Claro que no hay que pensar —respondió la doncella. Y se apresuró a vestir a su señorita, para que estuviera lista para la hora de comer.

Aquella tarde llegó Daniel a su casa antes que su hermano. Entró a ver a su padre y le dijo alegremente:

—¡Hola, papá!

—Hola, hijo — respondió don Facundo—. ¿Qué hay?... ¿Pareces muy contento?

—Es que acabo de hablar con el señor Montero. Me ha dicho que mi demanda para aquella colocación en las pesquerías de Isla Cristina se ha resuelto favorablemente.

—¿Entonces?

—Pues que me mandará por carta la confirmación, y tan pronto como la reciba he de ponerme en marcha inmediatamente para Huelva.

Don Facundo se quitó las gafas. Dejó de examinar la mariposa que tenía entre las manos, y mirando a Daniel exclamó satisfecho:

—Hombre, me alegro. Eso sí que es una buena noticia.

—¿Sabes que Arturo está también muy contento desde anoche? —le dijo Daniel.

—¿Y por qué?... ¿También ha encontrado un buen empleo?

Daniel movió negativamente la cabeza y siguió diciéndole:

—Está muy contento porque en el baile descubrió una muchacha guapisima. No me atreví a hablarla por culpa de este carácter mío tan corto, y el muy tuno se aprovechó.

—¿A ti te gustaba la chica?—le preguntó sonriendo su padre.

—Mucho, papá. ¡Es divina! Creo que se citaron para verse esta tarde.

Don Facundo dió unas palmaditas sobre la espalda de su hijo y le consoló diciéndole:

—No te apures. Según una estadística, dice que los hombres tocamos a siete mujeres y media... Claro que lo de la media mujer tiene mala distribución, ¿no te parece?

—Desde luego—respondió Daniel, sin darle importancia al hecho, aun cuando interiormente no podía olvidar el rostro bellísimo de Isabel, que tanta impresión había causado en él.

Claro está que por esto no guardaba contra su hermano el menor resentimiento. Arturo la había ganado en buena lid, y lo que deseaba él es que aquel encuentro tuviera feliz resultado para ambos. La felicidad de su hermano la estimaba tanto como la suya propia, y ni un solo instante sintió celos de Arturo.

Este, como había dicho su hermano, esperaba a Isabel ante la puerta de la Academia donde ella la había citado, llevando un magnífico coche de los que se hallaban en el garaje para su venta. A poco de esperar apareció Isa-

bel. Arturo la vió mucho más bella que la noche anterior. Sus ojos se llenaron de aquella figura extraordinaria y sintió que su corazón latía fuertemente a impulsos de un sentimiento que no podía ser más que amor.

Isabel se acercó apresuradamente al coche, del que se había apeado Arturo al verla, y al mismo tiempo que le ofrecía su mano le preguntó:

—¿Lleva mucho rato esperando?

—Acabo de llegar... ¿Qué tal, Nelly?

—Bien, gracias—respondió Isabel—. He cumplido su encargo.

—Muy amable.

—El director me ha dicho que en nuestra Academia no es posible admitir a ningún nuevo alumno.

—¿Qué contrariedad! — exclamó Arturo—. Yo que me las prometía tan felices.

—No se apure — le dijo ella, mirándole con el rabillo del ojo, para ver qué efecto le producían sus palabras.

—¿Cómo quiere usted que no me apure? — le respondió Arturo — cuando ya me estaba viendo hablar el inglés correctamente?

—Pues por eso le digo que no se apure, porque el director me ha dado esta tarjeta para la Aca-

demia Durán, donde el día primero abren un curso. Mañana puede usted matricularse.

Arturo cogió la tarjeta y después de leerla indiferentemente se la guardó, sin darle ninguna importancia a la recomendación. A él lo que menos le importaba era aprender el inglés, y si se hubiera matriculado en la Academia aquella hubiera sido tan solamente por poder estar más tiempo al lado de la que él creía su linda profesora.

Isabel al ver que no decía nada intentó marcharse y le dijo:

—Y ahora que ya he cumplido su encargo, me marchó. Tengo clase particular a las ocho y media.

—¡Un momento, Nelly! — le dijo Arturo, no queriendo separarse tan pronto de ella. La muchacha se detuvo y él la invitó a subir al coche diciéndole como excusa:

—Yo tenía que decir a usted algo más.

Isabel no se hizo repetir la invitación. Precisamente estaba deseando lo mismo. Subió al coche y cuando se pusieron en marcha le preguntó:

—¿Qué era lo que tenía usted que decirme?

Arturo, que no había pensado en ninguna declaración todavía,

se sintió cobibido por primera vez en su vida y respondió:

—No sé, en este momento no me acuerdo, pero de lo que estoy seguro es de que tengo que decirle algo muy interesante.

—¡Ya sé!—exclamó la joven—. Sé lo que va usted a decirme.

Arturo la miró extrañado y ella siguió diciéndole:

—Me va usted a contar esa historia tan larga de usted y su hermano. ¿No recuerda que me lo prometió anoche?

—Es verdad — exclamó Arturo, viendo una forma admirable para salir del apuro en que se encontraba—. Pues sí, Daniel y yo no somos hermanos.

Isabel guardó silencio esperando que Arturo terminase, y éste le relató toda la historia de su vida, hasta decirle finalmente:

—Cuando quedé huérfano, el preceptor me llevó a casa de una familia muy distinguida: don Facundo y doña Aurora, que me prohiaron y se convirtieron en tutores míos. Allí crecí y me educó al lado de Daniel, hijo del matrimonio. Claro, hijos de padres distintos, no nos parecemos en nada; ni en lo físico ni en el carácter. Por eso la dije a usted ayer que éramos y no éramos hermanos. Comprende usted ahora?

—Ahora sí, pero ayer no—respondió sonriendo la muchacha.

—Y puesto que ya hemos entrado en el terreno de las confidencias — siguió diciéndole Arturo — le ruego que me permita volver mañana para charlar un rato con usted, si es que no la molesto.

—Concedido — respondió Isabel saltando del coche y despidiéndose de Arturo—. Mañana a la misma hora, ¿entendido?

—Entendido y encantado—respondió Arturo.

Arturo esperó a que la joven desapareciera dentro de la casa que ella le había dicho que tenía que ir para dar la lección particular, y cuando la vió desaparecer se dirigió hacia la suya, pensando que llegaría tarde para la hora de cenar.

Mientras había durado la escena de los dos jóvenes, doña Berta había hablado con Guadalupe para saber lo que había pasado en el baile de la noche anterior, y comenzó por entregarle un billete de cinco duros, diciéndole:

—Toma, para tus ahorritos.

—¿Por qué hace usted esto, doña Berta? — preguntó la muchacha guardándose el dinero.

—Tú tómalos y calla—le dijo misteriosamente doña Berta—. Ahora cuéntame. Hay aconteci-

mientos que a mí me interesan saber... Ya sabes lo curiosas que somos las mujeres.

—Sí la señora promete no descubrirme... — le respondió Guadalupe.

—Habla sin miedo... Ya sabes que soy una tumba.

—Pues verá usted. Anoche la señorita Isabel trabó amistad con un joven elegantísimo, un chico muy simpático, y quedaron en encontrarse a la salida de la Academia Smith, donde estudia la señorita.

—¿Y él qué clase de tipo es?

—Se llama Arturo... Y en cuanto a tipo ya le he dicho que es elegantísimo.

—¿Más elegante que el señorito Pepe?—preguntó doña Berta extrañada de que pudiera haber un hombre más elegante que su hijo.

Guadalupe contuvo la risa y respondió:

—No tanto como el señorito Pepe, pero muy elegante.

—Bien — respondió nerviosamente doña Berta—. ¿Y qué más sucedió?

—Creo que este muchacho se ha educado en Berlín y ahora está al frente de un gran negocio de automóviles que tiene su padre.

Doña Berta veía que el casamiento de su hijo con Isabel se

esfumaba, y afectando una gran pena por lo que pudiera sucederle a Isabel exclamó...

—¡Ay, pobre Isabelita! ¡Qué falta le está haciendo una madre que la proteja! Pero por fortuna tiene una tía que se preocupa de su felicidad. Ese chico no le conviene... ¡En cambio, mi Pepito!...

Y una vez en posesión de aquella noticia le faltó tiempo a doña Berta para ir adonde estaba su cuñado y advertirle del peligro que corría Isabel con aquella libertad que su padre le daba, y le dijo:

—Te prevengo que un día vas a tener un disgusto.

—No lo creas — respondió el padre de Isabel, convencido del juicio de su hija—. Isabel es muy inteligente.

—Pero tiene demasiada libertad. En nuestros tiempos, Jenaro, una señorita no iba sola a ninguna parte.

—Sí, es cierto, ¿pero eso qué es lo que quiere decir? — preguntó don Jenaro, que sospechó que su cuñada sabía algo que quería decirle.

—Pues que me acuerdo de mi pobrecita hermana, tu mujer, cuando decía al contemplar cómo jugaban tu hija y mi Pepito: «¡Qué buena parejita hacen estos chiquillos! Cuando sean mayores

habrá que casarlos.» ¡Ay, Señor! Nos dejó sin poder ver realizado su sueño.

Don Jenaro, que no veía el porqué tenía que mezclar la libertad de su hija con aquel deseo de boda, le dijo:

—No sé qué relación puede haber entre que mi hija vaya sola a la Academia y lo que estás hablando... Ya te he dicho otras veces que a mí tampoco me disgustaría que se casase con Pepe... Pero no hay que precipitarse, todo vendrá por sus pasos contados.

Doña Berta miró a su cuñado intencionadamente y le respondió:

—Pues como te descuides, me parece que vamos a llegar tarde...

Y la conversación hubiera tomado un curso muy distinto si don Jenaro no hubiera echado a broma los temores de su cuñada.

Mientras ellos hablaban, entró Isabel y penetrando precipitadamente en su cuarto le preguntó a su doncella:

—Llego tarde, ¿verdad? ¿Está solo papá?

—Está con doña Berta, señorita—respondió la doncella.

—¿Con mi tía?—exclamó Isabel asustada—. Tendré sermón, de seguro.

Guadalupe se acercó a su seño-

rita y le preguntó confidencialmente:

—¿Acudió a la cita, señorita?

—Sí—exclamó Isabel, y en un arranque de alegría cogió las manos de la doncella y le dijo: —Guadalupe... ¡Es simpatísimimo!

Salió corriendo por el pasillo para ir en busca de su padre, mientras que su tía aprovechaba su ausencia para entrar en su habitación. Vió que no había nadie en ella, y pensando que Isabel tendría la dirección de aquel joven abrió el secreter, rebuscó en él hasta encontrar la libretita de direcciones, apuntó la de Arturo, que escondió en su bolso, después de dejar la libreta de Isabel en el mismo lugar y salió para buscarla.

Pasaron los días, y aquel idilio que había comenzado de forma tan original se había convertido en un sincero amor que unía a los dos jóvenes. Pero lo que ahora les pesaba a los dos era el no haberse dicho la verdad. Isabel estaba deseando confesarle a Arturo quién era ella. Quería decirle que no era ninguna profesora de idiomas ni mucho menos, y él quería también sacarla del engaño de creerle un aristócrata. Arturo estaba convencido de que su pobreza no sería obstáculo para que su Nelly,

como él creía que se llamaba, le abandonase. Indudablemente que ella estimaría más su honradez y su nobleza que no la mentira en que la tenía. Arturo estaba cada día más entusiasmado con aquellos amores y continuamente hablaba de ella con sus padres adoptivos, diciéndoles:

—¿Si la conocieras, mamá!... Nos encontramos todas las tardes a la salida de la Academia... Es una muchacha encantadora.

Don Facundo, que miraba una pequeña anforita que tenía entre las manos, sin darse cuenta del juego de palabras que hacía con la conversación de Arturo, exclamó hablando consigo mismo en voz alta:

—Del tiempo de los romanos.

—¿Qué dices, papá?—preguntó Arturo extrañado de que su padre hablase así de su novia.

Pero don Facundo, sin caer todavía en la cuenta, les mostró la anforita diciéndoles:

—Fijaos... Una verdadera joya que habrá pertenecido a Poppea o a la mismísima Agripina... ¡Quién sabe!... Una anforita hallada en las excavaciones de Letran.

—Pues parece un hueso de melocotón—respondió su mujer.

Don Facundo la miró por enci-

ma de los lentes y le reprochó su ignorancia diciéndole:

—Aurora, hija mía, en arqueología eres un canguro.

Pero su mujer no le hizo caso alguno, sabiendo la manía que tenía su marido por coleccionar toda aquella clase de objetos y volvió a su conversación con Arturo diciéndole:

—Sigue, hijo mío.

—Pues nada—terminó diciéndole Arturo—, que es una muchacha culta, instruida, con una honrosa profesión...

—Entonces... ¿todos tus sueños de casarte con una joven de posición...?

—Pasaron a la historia—respondió riendo Arturo. Y evocando la belleza de su novia, exclamó:— ¡Es tan guapa!... ¿Y a qué más puede aspirar un vendedor de coches como yo?... ¿Es que valgo más que ella?

Doña Aurora guardó unos segundos de silencio y respondió finalmente:

—Pero lo grave del caso es que ella te cree rico...

—Claro—declaró Arturo.

Don Facundo intervino en la conversación diciendo:

—Es que éste se habrá presentado a ella como un millonario... La envolverá en una sarta de embustes...

—En eso tenéis razón—confesó nuevamente Arturo—. Pero cuando halle un momento oportuno diré a Nelly toda la verdad... Por de pronto ya tiene la dirección de aquí y la de mi oficina...

—Me parece que la novela se complica—replicó don Facundo.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Arturo—. ¿Qué mal hay en esto? Si a Nelly se le ocurre pasar por delante de esta casa verá por su aspecto que no es la más a propósito para vivir un millonario.

—En eso tienes razón—murmuró don Facundo.

—Y si hace averiguaciones en mi oficina—siguió diciendo Arturo—, le dirán que soy un muchacho honrado y trabajador que cumple con su obligación.

Daniel, que durante toda la conversación había estado leyendo el periódico, al oír a Arturo expresarse así, le interrumpió diciéndole:

—Menos si el informador da la casualidad que sea tu compañero Pedro Alarcón, que ya sabes la hinchu que te tiene desde que le quitaste todas las ventas. No debes olvidar el lio en que te metió con tu amiga Hortensia.

—¡Valiente sinvergüenza es ese Alarcón!—exclamó despectivamente Arturo—. En aquella ocasión, sin quererlo, me hizo un

gran favor, pero si se atreviese ahora... ¡Yo te juro!...

—Basta... ¡Pobre Alarcón!... Veo sus narices en el pararrayos de la Telefónica.

Y en este mutuo engaño en que los dos se tenían, pasaban los días y cada vez era más firme el amor que unía a los dos jóvenes.

Sin embargo, Isabel estaba decidida a decirle toda la verdad. Todas las tardes al encontrarse con él sentía el mismo temor y se preguntaba: «¿Se habrá enterado?... ¿Creerá que le quiero engañar?»

Pero llegó un día en que comprendió que el seguir era exponerse a perderlo y cuando se arreglaba para ir adonde le esperaba Arturo, le dijo a su doncella:

—De hoy no pasa, Guadalupe. Esta tarde le diré a Arturo toda la verdad. No es correcto lo que estoy haciendo con este muchacho que se porta tan bien conmigo. Si espero más tiempo y él se entera, estoy segura de que no me perdonará el engaño.

—Tiene razón la señorita — le dijo su doncella —. Las relaciones entre ustedes se van formalizando... Además, desconfíe de doña Berta... Su tía la está espionando constantemente... Me abrumba a preguntas.

—Puedes aborrrarte el consejo — le respondió Isabel —. Ya hace

tiempo que conozco a mi tía y sé cuáles son sus intenciones.

Terminó de vestirse y cuando ya estaba cerca de la puerta para salir, se encontró a su tía que estaba en el hall y que al verla le dijo, afectando un gran cariño:

—¿Te vas, Isabelita?

—Sí, tía—respondió secamente Isabel, pensando en que ya estaría Arturo esperándola.

—Pues no te marches... Tenemos que hablar seriamente.

La hizo entrar en una salita que había cerca del hall y le dijo:

—Siéntate, que es muy importante lo que tenemos que hablar...

Isabel se sentó, accediendo al deseo de su tía y ésta le dijo mirándola fijamente:

—¡Parece mentira, Isabel!

Isabel miró extrañada a su tía y le preguntó:

—¿Qué es lo que sucede, tía?

—Lo sé todo.

Isabel se echó a reír y le respondió sin tomar en serio aquel asunto que tanto preocupaba a su tía:

—Eso se dice en las comedias.

—No lo tomes a risa—le recomendó su tía seriamente—. Sé que te vas todas las tardes al salir de la Academia con un joven que conocistes en un baile de máscaras.

—Ah, ¿lo sabe usted?—preguntó irónicamente Isabel.

—Sí — siguió diciéndole doña

Berta—. Lo hacéis sin recato ninguno... ¿Es posible que lo niegues?

—¿Por qué voy a negarlo? — confesó Isabel.

—Luego... ¿es cierto? — preguntó doña Berta.

—Sí, tía, sí—le dijo la joven tranquilamente—. Me vao todas las tardes con ese joven.

Doña Berta afectó un aire de angustia y exclamó casi llorando:

—¡Y mi pobre Pepito quedándose en los huesos por ti!

—¡Pobre Pepito!—exclamó con un exagerado gesto de espanto.

—¡No te burles!—exclamó ofendida su tía—. Piensa que lleva tu sangre... ¿Y tú sabes quién es ese Arturo Morales?... ¡Poco juicio!

—Un muchacho decente, tía—exclamó con firmeza Isabel.

—Sí, sí—repitió con retintín doña Berta—. En la calle de Cánovas, 32, en un garage donde una sociedad vende coches de segunda mano, el distinguido joven Arturo Morales es uno de los vendedores que utiliza dicha sociedad. Un triste empleadillo a comisión.

Doña Berta esperaba que esta declaración bastase para que Isabel se indignase contra Arturo, pero con gran extrañeza suya vio que Isabel le respondió, sin demostrar ningún disgusto:

—Con eso no me demuestras

más que Arturo es un muchacho trabajador. Muy honroso, tía... Cuánto más valdría mi primo Pepe si hiciera otro tanto...

—Espera, espera—le dijo su tía.—Todavía no he acabado.

—¿Sabe usted más cosas?—preguntó Isabel.

—Sé que con tu primo Pepe puedes casarte, con Arturo, no.

Isabel la miró esta vez casi desafiándola y le preguntó:

—¿Y por qué no?

—Pues sencillamente porque está casado; lo sé de buena tinta. Casado y padre de dos nenes, ¡angelitos! Su madre está paralítica... En fin, desgracia sobre desgracia. Un buen partido, hija.

Isabel, conforme su tía iba dándole estos informes, iba poniéndose seria hasta que finalmente le preguntó:

—¿Y cómo has averiguado?...

—La Providencia, querida, la divina Providencia que nos ha deparado a un amigo de tu primo que conoce a Arturo... Ya ves si le conocerá bien que es compañero suyo de oficina... Un tal Pedro Alarcón, que nos ha puesto al corriente del peligro que corres.

Isabel había adoptado de repente una determinación. No era muchacha que se dejara impresionar fácilmente por lo que le dijeran

y, por lo tanto, se puso en pie para salir y le dijo a su tía:

—Gracias, tía. Pero te ruego que me dejes tranquila. Sobre todo, no te ocupes tanto de mí... Ya es demasiado. Adiós, tía.

Le volvió la espalda y salió de

su casa para averiguar cuánto hubiera de verdad en lo que su tía le había dicho, mientras que su tía, decidida a dar la batalla cuanto antes, entró a ver a su cuñado, que se hallaba trabajando en su despacho.

LOS INFORMES DE PEDRO ALARCÓN

Como ya ha podido verse, los informes de Pedro Alarcón no podían ser peores para Arturo, y doña Berta quería aprovecharse de ellos para conquistar por completo la voluntad de su cuñado y hacerle que obligase a Isabel a que se casase con su hijo. A ella le importaba poco que los dos muchachos llegaran o no a quererse, lo que le interesaba únicamente era que su hijo fuera el heredero de su tío y de esta forma poder disfrutar ella todas aquellas comodidades que el dinero lleva consigo.

Su cuñado se hallaba trabajando en aquellos momentos cuando doña Berta preguntó desde la puerta:

—¿Se puede entrar?

—Adelante, Berta—le dijo su cuñado.

Entró la dama y no hizo más que mirarla su cuñado para adivinar que algo le ocurría, por lo que le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?... Te veo muy nerviosa.

—Y lo estoy—exclamó ella—. ¿Sabes el pago que me da tu hija por haberla prevenido de un grave peligro? Pues me ha vuelto la espalda y me ha dicho que no vuelva a ocuparme más de sus asuntos.

—¿Y por qué te ha dicho eso?—preguntó extrañado don Jenaro.

Doña Berta, que no buscaba otra cosa, le refirió detalle por detalle toda la sarta de embustes que le había contado Pedro Alarcón

acerca de Arturo. Cuando terminó su relación, don Jenaro le dijo:

—¿Es posible?

—Como te lo cuento, Jenaro— insistió la dama—. Una desgracia... ¡Y tú tan confiado, mientras que tu hija está a punto de caer en las redes de ese vividor.

Doña Berta había conseguido su deseo, que era el irritar a don Jenaro. El buen hombre había creído de buena fe todo lo que su cuñada le había contado y tomó un pliego de papel y la pluma diciéndole al mismo tiempo:

—Ya verás qué pronto arreglo yo este asunto.

Se puso a escribir, mientras que doña Berta, fingiendo una gran pena, le decía:

—Te lo repito constantemente, Jenaro. Desde que murió mi pobrecita hermana, en esta casa está haciendo falta una mujer.

—Ahora dame la dirección de ese pollo—le dijo don Jenaro, sin hacer caso a los lamentos de su cuñada.

Doña Berta le entregó la dirección y su cuñado la escribió en el sobre que había preparado. Antes de encerrar el escrito le leyó a su cuñada la carta, diciéndole:

—Escucha: «Muy señor mío: Le ruego que mañana a las diez venga a verme a mi casa, Goya, 27,

para tratar de un asunto que le interesa.

Jenaro Alvarez de Castro.»

—Yo misma la echaré al correo—le dijo su cuñada—aunque creo que haces mal en citarlo. Estos individuos son muy peligrosos.

—No te importe... Quiero, además, que mañana estés presente cuando le reciba.

—A ver si te convence presentándose a tus ojos como un alma de Dios.

—Descuida. Tú deja eso de mi parte... Ya verá ese desaprensivo quién soy yo.

Doña Berta recogió la carta para Arturo y convencida de que había ganado ya la mitad del terreno respecto a la posesión de la fortuna de su cuñado, salió a la calle para no perder tiempo y que la carta estuviera aquella misma noche en poder de Arturo.

Mientras tanto, Arturo se desesperaba esperando a su novia. Pasaba el tiempo y ésta no acudía a la cita de todos los días, por lo que el muchacho empezó a alarmarse. Pensó que estaría enferma, que le habría ocurrido alguna desgracia... En fin todas aquellas cosas alarmantes que suelen acudir al pensamiento cuando se espera con deseo la llegada de alguna persona y ésta no comparece.

Y entretanto él sentía aquella



-Estoy dispuesto a
esponjar todas las
palmas que puedan
presentarse.



-Va verás cuando le
diga a papá: "ya en-
contré a uno que no
busca mi fortuna"...



- ¿No hay otra Nelly
Moore en la
Academia?



- ¿Qué era lo que
tenía usted que
decirme?



- Yo misma la echaré
al correo.



- Te tendré siempre en
mi pensamiento y tu
recuerdo me dará va-
lor para vencer.



- ¡Arturo!... ¡Arturo!



En el rostro de Isabel
se advierte la angustia
de su alma.



- Nos está prohibido
pronunciar tu nombre
en esta casa.



- Ya está bien
por hoy.



- Estos pasteles están riquísimos.



Este mes de permiso
se me va a pesar
como un soplo.



- No hay más que miraros in «jéro» pa comprendê que os comelais con feligas.



- ¡Isabel! (Hija mía)



-¿Has hablado ya a
tu hijo de nuestros
propósitos?



Carlitos se aprovecha
del sueño de su abuelo
para comerse los
bombones



desazón, Isabel, más decidida de lo que su tía podía suponer, se fué directamente a la dirección que Arturo le diera de su casa, subió hasta su mismo piso y llamó a la puerta. A los pocos instantes apareció doña Aurora a quien la joven preguntó:

—¿Don Arturo Morales?

—Aquí vive, señorita, pero no está en casa... Hasta las nueve, aproximadamente, no vendrá... Si desea usted algo, yo soy su madre.

Isabel había pasado dentro de la casa y respondió:

—Quería hablar personalmente con el señor Morales... Me envía la Academia Durón, pues según parece su hijo, señora, quería aprender inglés.

Doña Aurora, con la bondad que la caracterizaba, le ofreció un asiento a la joven diciéndole:

—Tenga la bondad de sentarse.

Isabel se sentó, mientras miraba alrededor suyo y se daba cuenta de que Arturo no era el hombre tan rico que le había dicho, pero que tampoco era lo que su tía le había contado. Por de pronto no veía por allí ningún chiquillo y vela que su madre no estaba parálitica. Quiso saber hasta el fin toda la verdad y por lo mismo le dijo de nuevo a doña Aurora:

—¿No sabe usted si le ha dicho algo de nuestra Academia?

—No—respondió doña Aurora—pero sabía que antes quería aprender inglés, aunque ahora me parece que a Arturo ya no le interesará este asunto, señorita.

—¿Por qué?—preguntó Isabel.—¿Se ha matriculado ya en alguna Academia?

Doña Aurora sonrió ante la pregunta y le respondió:

—Algo más interesante, señorita. Mi Arturo tiene una novia que es profesora de inglés... Siempre está con aquello de «Oquey», «Gut Bay» y qué sé yo cuántas cosas más. Yo creo que en esta casa vamos a terminar todos hablando inglés.

—Tiene gracia—respondió Isabel, cada vez más tranquila—. Entonces el señor Morales ¿no es casado?

—No, hija—respondió inmediatamente doña Aurora—. Es soltero y bien soltero.

—¿Y es novia formal o es sólo un pasatiempo?... Yo lo digo porque a lo mejor, cuando se cansa de ella, quizás no sepa todavía el inglés y entonces podría yo darle clase.

Doña Aurora movió negativamente la cabeza y respondió:

—No lo crea usted. Arturo está enamorado de ella como un colegial. Mire usted si ha tomado en serio la cosa que ahora está pro-

cupadisimo con algo que le ocurre con su novia y que no sabe cómo resolverlo...

—¿Y qué es ello? — preguntó con gran interés Isabel.

—Pues verá usted — le refirió doña Aurora con esa franqueza que suelen tener las mujeres entre ellas cuando tratan de estas cosas—. Se conocieron en un baile de máscaras y como mi Arturo es vendedor de coches, cada día se presenta a esperar a su novia con el mejor coche que encuentra disponible en el garage.

—Ah, ya comprendo — respondió sonriendo Isabel—. Y la chica a lo mejor se creará que es rico.

—Eso se ha creído y eso es lo que le preocupa a mi hijo, que no sabe ahora cómo deshacer el error.

—Muy sencillo — le contestó la muchacha—. Yo en su lugar le diría toda la verdad.

—Sí, eso le he dicho yo y eso es lo que él está dispuesto a hacer. Pero tiene miedo a que la muchacha lo plante.

—Tanto mejor — exclamó Isabel. —De esa forma verá claramente si ella le quiere por él mismo o por el dinero.

—Esas mismas palabras le he dicho yo. ¡Ay, Señor, qué chicos éstos! Toda la vida diciendo que sólo se casaría con una muchacha rica y luego mire usted, se ha ena-

morado perdidamente sin preocuparse de lo que pueda tener su novia... ¿Gana mucho una profesora de inglés?

—Por lo regular depende de las lecciones que tengan... Algunas logran reunir un buen sueldo.

—En fin, que sea lo que Dios quiera — terminó diciendo doña Aurora—. Si es una buena muchacha, que se ensen y sean felices. Yo le digo la verdad, estoy deseando de conocerla, porque él no cuenta más que gracias de esta chica... Y es lo que yo digo: algún defectillo tiene que tener.

Isabel no pudo menos que echarse a reír y doña Aurora le preguntó extrañada:

—¿De qué se ríe usted?

—De que nos hemos ido sin darnos cuenta del asunto que me ha traído aquí.

Se levantó para marcharse y le dijo:

—En resumen que su hijo...

—Pues que esta vez, lo siento, pero ha perdido usted el tiempo, señorita.

—No lo crea usted — respondió Isabel—. Yo he cumplido con mi deber. Tengo que explicar luego al director el resultado de mi visita...

Salió por fin de casa de Arturo y la alegría que sentía no le cabía dentro del pecho. Se había conven-

cido de que Arturo era soltero, de que no tenía ninguna madre paralizada y lo más importante aún de que estaba enamorado de ella y la quería.

Miró la hora y convencida de que Arturo ya se habría marchado se fué a su casa. En efecto, Arturo, cansado de esperar, decidió subir a la Academia. Allí preguntó al «botones» que salió a recibirle:

—¿La señorita Nelly Moore?

—¿A quién anuncio?—preguntó el «botones».

—Anuncia a Arturo Morales.

—Está bien, señor—respondió el chico entrando inmediatamente para llamar a la señorita Nelly Moore.

Minutos después apareció acompañando de una señorita que era la verdadera Nelly, cuyo nombre había dado Isabel. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, pero que representaba tener lo menos sesenta. Alta, delgaducha, con gafas y, en fin, un tipo que hubiera servido muy bien de modelo para un caricaturista.

—Usted dirá—dijo la mujer acercándose adonde estaba Arturo.

—Pregunto por la señorita Nelly Moore—respondió Arturo.

—Yo soy, caballero—volvió a decirle la profesora, en un espa-

ñol que se advertía que no era su idioma.

—¿Usted es la señorita Nelly Moore?—preguntó extrañado Arturo.

—No hay otra señorita Nelly Moore en la Academia—le respondió la inglesa.

—Entonces ha debido ser un error... Usted perdona, señorita.

Y sin dar más explicaciones salió corriendo de la Academia. Ya en la calle, pensó en lo que le había ocurrido y una idea dolorosa pasó por su imaginación. ¿Acaso su novia no estaría riéndose de él y por eso le había dado un nombre que no era el suyo?

Pero se acordó de Isabel y aquella duda pronto desapareció pensando que sería alguna otra causa la que le había hecho portarse de aquella forma.

Aquella noche Arturo no tuvo el menor apetito. Dejaba la comida tal y como se la servían, mientras que Daniel elogiaba el arte culinario de su madre diciéndole:

—¿Qué es esto tan rico, mamá?

—¿Os gusta de veras?—preguntó con cierto orgullo doña Aurora.

—Es exquisito—respondió Daniel.

—Vuestra madre, en eso del arte culinario, se merece una primera medalla—exclamó don Facun-

do—. De cualquier cosa hace ella unos guisos que se chupa uno los dedos. ¿Qué dices a esto, Arturo?

Arturo, que no prestaba atención a la conversación que sostenían sus familiares, al verse aludido exclamó como quien vuelve de otro mundo:

—Digo lo que vosotros, que mamá es una excelente cocinera.

Pero Daniel, que se había dado cuenta de lo que le pasaba a su hermano, trató de animarlo diciéndole:

—No caviles más, Arturo... Nelly se ha informado de quién eres tú y ha desaparecido... La golondrina voló a otras latitudes.

Sonó el timbre de la puerta y mientras que doña Aurora iba a abrir, Arturo le decía a su hermano:

—Pero, ¿por qué dijo llamarse Nelly Moore? Es cosa que no me explico y que no puede quedar así. Yo averiguaré su paradero y sabré por qué me ha ocultado su verdadero nombre.

Entró doña Aurora llevando dos cartas y su marido al verla exclamó:

—¡Por fin! Esperaba una carta de Shangay. Voy persiguiendo un abanico que perteneció a la desventurada hija de Wu-Li-Chang.

—Cuando yo digo que estás chiflado—le respondió su mujer—. Una es para Daniel y otra para Arturo.

Arturo abrió la carta y después de leer su contenido exclamó:

—Es de un señor que me cita para mañana a las diez... Probablemente un nuevo comprador.

Daniel también había terminado de leer su carta y le dijo a su padre:

—Papá, la carta de que te hablé. Mañana tengo que ponerme en camino para las pesquerías de que te di cuenta.

—¡Bravo!—exclamó su padre, aunque sintiendo interiormente la marcha de su hijo—. Te veo ya rodeado de atunes... Es un buen destino ése, te felicito.

Y cada uno poseído por un deseo y un pensamiento distinto, siguieron comiendo, mientras que lejos de allí, Isabel pensaba en Arturo, sintiéndose más enamorada de él.

LA ENTREVISTA

A la mañana siguiente, doña Berta no faltó a casa de su cuñado. Esperaba la entrevista que tenía que celebrar éste con Arturo y quería ella estar presente para evitar que don Jenaro pudiera dejarse convencer por la charlatanería de aquel individuo. Claro está que tenía en su favor la circunstancia de estar casado, pero así y todo no podía estar tranquila hasta saber en qué terminaba todo aquello. Isabel, ajena a lo que se tramaba alrededor de ella, se había levantado y se hallaba sentada en una butaca, abstraída por completo a cuanto la rodeaba. Su imaginación estaba llena de la figura de Arturo y sentía en su corazón una dicha inefable al tener la seguridad de que él estaba enamorado de ella.

De cuando en cuando sonreía, recordando algún hecho sucedido en aquellos días de relaciones, y en esta actitud se la encontró Guadalupe cuando entró en la habitación. Tan absorta estaba Isabel en sus pensamientos, que ni siquiera se dió cuenta de la entrada de la sirvienta hasta que ésta le dijo:

—¡Ay, señorita!... ¡Qué romántico está el tiempo!

Isabel, en vez de enfadarse por aquella confianza de la sirvienta, se volvió a ella y le dijo riendo alegremente:

—Guadalupe, estoy plenamente enamorada.

—Eso era de esperar—respondió la doncella sin dar importancia a las palabras de su señorita.

—Mira—siguió diciéndole Isabel—. Es tan grande mi alegría

que no sé si reír o llorar... o hacer las dos cosas al mismo tiempo.

—¡Señorita!—exclamó alarmada la doncella.

—Estoy estúpidamente sentimental, ya lo sé, Guadalupe, pero es que me he enterado de que todo lo que decía mi tía es mentira. Arturo ni es casado, ni tiene su madre paralítica, ni es rico... Ayer estuve en su casa.

—¿En su casa?...

—Lo que oyes—siguió diciéndole—. Estuve en su casa y de allí salí convencida de que Arturo es sencillamente un hombre que me quiere, sin sospechar en absoluto mi verdadera posición.

—Pero, ¿cómo?—empezó a preguntar la doncella.

—Pues hablé con su madre, figúrate. Claro que ella ignora todavía, por supuesto, quién era yo. Me emocionó tanto oír hablar a aquella buena señora, que al salir a la calle, caminé un rato absorta, distraída, presa en el recuerdo de aquella humilde casa donde él vive.

Guadalupe se sintió conmovida al oír hablar a su señorita de aquella forma y exclamó:

—¡Qué buena es usted, señorita!

Isabel siguió diciéndole:

—Anoche no nos vimos. Salí de su casa con tan poco dominio de mí misma que de encontrarme con

Arturo, lo habría echado todo a perder. Entré en una iglesia y recé arrodillada en un altar, dando gracias a Dios por hacerme tan feliz y pidiéndole perdón por haber mentido.

—Esas mentirillas no tienen importancia—replicó riendo su doncella.

—Eso es lo que creemos cuando mentimos—exclamó Isabel—. Pero ahora pienso, ¿qué pasará cuando él se entere de quién soy?

—No se apure usted, Dios la ayudará—le dijo la doncella.

—Tienes razón, Guadalupe—exclamó a su vez—. Dios me ayudará.

Y mientras que Guadalupe e Isabel hablaban de Arturo, éste se presentaba en su casa sin poder sospechar siquiera que era la casa de Isabel. Preguntó por don Jenaro y un criado cogió su tarjeta para llevársela a su señor. Entró en el despacho donde estaba don Jenaro y le entregó la tarjeta diciéndole:

—Este caballero pregunta por el señor.

Don Jenaro miró la tarjeta y volviéndose a su cuñada le dijo:

—Ya está aquí... Que pase.

Doña Berta comenzó a hacerle el corazón en contra del visitante y exclamó:

—Me hace el efecto de que se

trata de un sujeto muy hábil. Pocas palabras, Jenaro.

—Muy pocas son las que necesito para confundirle—respondió su cuñado.

En aquel momento entró Arturo y preguntó desde la puerta:

—¿Don Jenaro Alvarez de Castro?

—Tenga la bondad de pasar—le dijo don Jenaro, quien en un principio se sintió atraído por los modales del joven. Mas acordándose de lo que le había dicho su cuñada, procuró adoptar una actitud enérgica, dentro de la mayor cortesía y siguió diciéndole a la vez que le indicaba un asiento:

—Le ruego que se siente.

Así lo hizo Arturo, sin poder sospechar siquiera de qué se trataba y el padre de Isabel comenzó preguntándole:

—Usted es Arturo Morales, ¿no es cierto?

—Servidor de usted—respondió el muchacho.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy vendedor de coches usados... Precisamente en estos momentos tengo dos verdaderas gangas...

—No se trata de comprar ningún coche usado—respondió don Jenaro.

—Los compramos siempre nue-

vos—intervino con orgullo doña Berta.

—Entonces... Usted dirá—preguntó Arturo, que cada vez sabía menos la causa por la cual había sido llamado.

Jenaro, esforzándose por aparecer tranquilo, comenzó diciéndole:

—Disimula usted muy bien, joven, pero estoy prevenido.

Arturo, extrañado de aquellas palabras, respondió:

—No comprendo.

—Ahora comprenderá usted todo. Soy el padre de Isabel, mi hija única, la heredera de toda mi fortuna.

Arturo, a quien aquello no le importaba nada, respondió tranquilamente:

—Lo celebro mucho, señor, pero no tengo el honor de conocer a esa señorita.

—¿Qué cinismo!—exclamó doña Berta.

Arturo se levantó como si le hubiera picado una víbora y don Jenaro intervino diciendo a su cuñada:

—¡Calla, Berta!—y luego a Arturo—: Le ruego que tome usted asiento.

Este cumplió el deseo del padre de Isabel, quien continuó diciendo:

—Hablemos claro y terminemos pronto. Usted se ve todas las no-

ches con mi hija Isabel, una señorita de la mejor sociedad. Usted es un hombre casado y con hijos. ¿Pediré demasiado si le exijo una explicación?

Arturo, al ver la actitud de don Jenaro, sonrió tranquilamente y le respondió:

—Cálmese, señor, y oígame primero. No hay duda de que se trata de una confusión. Puedo probarle que soy soltero y que no tengo el gusto de conocer a su hija. Es cierto que todas las tardes a las ocho acompaño a una joven, pero esa joven es Nelly Moore, mi novia. Y... nada más. Después de aclarado el error, con su permiso voy a retirarme.

Don Jenaro creyó que aquel joven le menta cínicamente y para confundirlo y que no pudiese seguir negando le dijo:

—Le ruego que espere un momento.

Hizo sonar un timbre y al criado que entró le dijo:

—Diga a la señorita Isabel que venga.

El criado transmitió la orden a Isabel y ésta salió de su habitación tarareando alegremente una canción, sin sospechar el motivo por el cual su padre la llamaba. Bajó las escaleras que conducían al piso inferior y que daban frente a la puerta del despacho y al ver a

Arturo, se detuvo sin saber qué hacer. Su novio a la vez la vió allí, tan elegantemente vestida y extrañado de lo que sucedía, no pudo contenerse y se puso en pie exclamando:

—¡Nelly!... ¡Tú!

Isabel miró a su novio, a su padre y a su tía. Comprendió que algo grave debía ocurrir y preguntó a don Jenaro:

—¿Qué pasa, papá?... ¿Por qué está Arturo aquí?

Para Arturo todo aquello le parecía una burla. Creía que Isabel estaba enterada de cuanto pasaba y que habían preparado aquella entrevista para echarle en cara su pobreza y por lo mismo, antes de que lo pudieran despedir miró despectivamente a Isabel y le dijo con reconcentrado dolor:

—Señorita Isabel. Ahora lo comprendo todo... Todo ha sido una burla... Buenos días.

Salió sin hacer caso al llamamiento de Isabel que corría tras él diciéndole:

—Arturo... Yo te explicaré... Necesito que sepas la verdad...

Pero Arturo había salido de la casa sin hacer caso a su llamada y la joven se acercó a su padre y a su tía, preguntándole a ésta:

—¿Queréis explicarme qué significa esta encerrona?

Doña Berta, atemorizada ante

la actitud de su sobrina, respondió:

—Yo no sé nada... Eso tu padre.

Don Jenaro trató de tranquilizarla diciéndole:

—Isabel, debo velar por tu felicidad. He querido desenmascarar a ese individuo.

Isabel, cuya indignación iba subiendo por momentos, respondió:

—Lo que habéis conseguido es ponerme en ridículo ante un muchacho honrado y trabajador que me quería creyéndome pobre. ¿Lo oyes bien, papá? ¿Te enteras, tía Berta? Pero no será mi fortuna, no, la que me impida unirme a él. Todo menos separarme de ese hombre al que habéis injuriado.

Isabel parecía que estaba fuera de su juicio. Su actitud era tan enérgica que su mismo padre tuvo que llamarle la atención diciéndole:

—¿Isabel!... ¡Hija mía!... ¿Estás loca?

Pero Isabel, cuyo arrebato no le permitía escuchar a nadie, siguió diciendo cada vez con mayor indignación:

—¿Dinero!... ¡Siempre el dinero! ¡Os lo regalo! Estoy cansada de pretendientes estúpidos que sólo buscan mi fortuna. ¿Creéis que el dinero es lo único que puede hacer feliz? Buenos estarían los

pobres que sólo viven de su trabajo y viven felices.

Isabel miró alternativamente a su padre y luego a su tía y exclamó:

—¡Qué pena... por no decir qué asco!

Y sin esperar a que su padre le contestase salió precipitadamente del despacho dispuesta a arreglar lo que su padre había deshecho con tan mala fortuna para ella.

Su tía la contempló mientras salía y al fin le dijo a su cuñado:

—Ahí tienes el pago del abandono en que has dejado a tu hija... ¡Dios mío, Dios mío! Esto ya no tiene remedio... Tu hija va a cometer alguna barbaridad.

Don Jenaro procuró aparecer tranquilo y le respondió:

—Nada, no pasará nada. Amenazaré a Isabel con desheredarla y como este hombre lo que pretende es el dinero, en cuanto huele la que voló la fortuna... volará él también. Será una provechosa lección para ella.

Isabel, en cuanto llegó a su habitación, se puso al habla por teléfono con Arturo y le dijo:

—Tenemos que hablar enseguida, Arturo.

—Me parece que entre nosotros está todo hablado—respondió Arturo.

—No, Arturo—insistió ella—. Te juro que en lo que ha ocurrido yo no tengo la menor culpa y que no sabía nada. Todo ha sido obra de mi tía y de mi padre. Necesito hablarte... Toma la determinación que quieras, pero después de oírme...

Arturo dudó un instante, pero su caballerosidad venció su negativa y respondió:

—Bien... te espero dentro de media hora en el café de Viena.

Y, en efecto, al cabo de media hora los dos jóvenes se hallaban juntos e Isabel le refirió cuanto había pasado. Le confesó lo que había hecho el día anterior, yendo a casa de Arturo e informarse de quién era, para terminar diciéndole:

—Ambos tenemos que perdonarnos nuestro mutuo engaño. Tú no eres rico ni yo soy pobre. La situación es la misma de antes.

—No, Isabel—respondió Arturo—. No es la misma. Ha cambiado por completo. Tu padre no consentirá nunca en nuestra boda y yo no debo sacrificarte... Sería un egoísmo por mi parte que tú no te mereces.

—El mayor sacrificio para mí sería el de nuestra separación—respondió casi llorando Isabel—. Lo demás poco me importa. Con-

tinaré siendo pobre como tú te imaginaste.

Pero Arturo no quería que Isabel se indispusiera con su padre. Sentía que por causa suya pudiera perder la estimación de su padre y por lo mismo le dijo:

—Isabel, no seamos locos... Reflexiónalo bien... Procura conquistar a tu padre.

—Tú no le conoces—respondió Isabel—. No lograré convencerle. Y como esta situación es insostenible, lo mejor será que tu padre vaya mañana a hablar con el mío.

—Pero si no te conocen aún en mi casa.

—Eso es lo de menos. Me presentas ahora mismo y eso llevamos adelantado.

—Pues sea como tú dices—terminó diciéndole Arturo—. Mañana irá mi padre a tu casa dispuesto a entrar por la puerta y a salir por la ventana.

Y mientras que ellos dos convenían el plan para poderse unir para siempre, la tía Berta decía a su hijo:

—Todo sale a pedir de boca, hijo mío. Esta mañana hemos liquidado el asunto con ese intruso...

—Isabel ¿qué dice a eso?—preguntó Pepito.

—¿Qué quieres que diga? Se empeña en casarse con ese pelagatos. Pero tu tío la deshereda y

tú te quedas único heredero de su fortuna.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Tú nada—respondió su madre—. Yo me encargo de mantener el odio entre padre e hija.

Al día siguiente, don Facundo, accediendo a los deseos de su hijo y seguro de que sería mal recibido, fué a casa de don Jenaro para exponerle el desecho de Arturo de casarse con Isabel.

Don Jenaro, después de haberle oído, le dijo violentamente:

—Si sabía usted que había de negarme a su absurda pretensión, ¿por qué ha venido a solicitar mi consentimiento?

Don Facundo, sin perder la calma, le respondió:

—Yo le aseguro, señor, que esta visita, aunque un tanto violenta, era absolutamente imprescindible. Yo soy el padre de Arturo Morales...

—Por desgracia.

—¿Cómo por desgracia?—exclamó enfadado don Facundo—. Me parece que no emplea usted la palabra justa. Por suerte debió usted decir.

—Yo no sé hablar de otra manera—respondió don Jenaro no sabiendo cómo excusar su falta de corrección.

—Me olvidaba de que en su ni-

ñez había en España muy pocas escuelas—respondió don Facundo haciéndole ver su falta de cortesía.

Don Jenaro advirtió la lección que le daba y respondió queriendo acabar cuanto antes:

—Abrevie, se lo ruego.

—Mi misión ya le he dicho que es bastante delicada, dada la tesitura en que usted se coloca, pero los padres tenemos el sagrado deber de velar por la felicidad de nuestros hijos.

—¡Eso es lo que yo digo!—exclamó don Jenaro.

—Celebro que en algo estemos de acuerdo—respondió don Facundo.

—¿Terminaremos de una vez? ¿Qué es lo que desea usted en resumen?—preguntó el padre de Isabel.

—Pues terminemos—exclamó don Facundo—. Los muchachos se quieren y mi visita tiene por único y principal objeto solicitar la mano de su hija Isabel para mi hijo Arturo.

—Solicitud—respondió inmediatamente don Jenaro—a la que me niego rotundamente. ¡Esa boda es un absurdo! ¿Comprende?

—No soy sordo, señor—respondió don Facundo—. Puede usted ahorrarse el trabajo de gritar... Su hija es mayor de edad.

—Ya lo sé—respondió Jenaro.
—¿Qué enterados están ustedes!
Bien calculado el asunto ¿verdad?
Pues tiene usted razón, es mayor
de edad. Pero si me desobedece,
no verá ni un céntimo de mi for-
tuna. Esto quizás obligue a refle-
xionar a mi hija!

—Afortunadamente—siguió di-
ciéndole don Facundo con igual
tranquilidad—, su hija ha refle-
xionado sobre este asunto. Se ríe
de sus millones y los desprecia. *

Don Jenaro miró extrañado al
padre de Arturo. Todo lo esperaba
el menos aquello y por lo mismo
respondió:

—¿Conque me desafía, eh?...
Pues dígame usted que desde este
momento se queda sin padre.

Don Facundo, con su serenidad
de siempre, se encogió de hombros
diciéndole:

—¿Qué importa, si al perder
uno encuentra otro? Yo me sien-
to encantado al recoger lo que usted
tira.

—Pues hemos terminado—ex-
clamó don Jenaro.

Don Facundo se puso en pie y
al apoyarse sobre la mesa lo hizo
sobre una piedra que don Jenaro
utilizaba como pisanapeles y le
dijo:

—Vamos, sea usted bueno. Mi
hijo posee algo que no puede com-
prarse con dinero. Honradez y

bondad. Es un muchacho juicioso.
Jamás nos ha dado un disgusto.
No tiene vicios...

De pronto se fijó en la piedra
sobre la que se apoyaba y le pre-
guntó:

—Oiga usted y perdone el inci-
so: esta piedra ¿es volcánica?...
¡Hermosa piedra!

—Ayer estuve a punto de tirarla
a la cabeza de su hijo.

Don Facundo, al oír aquello, de-
jó inmediatamente la piedra mien-
tras que don Jenaro seguía di-
ciendo:

—Esto es intolerable. Toda una
vida de sacrificios para reunir una
fortuna y al final la pretensión de
que entre mi hija a una familia
de desarrapados.

Por mucha que fuera la pacien-
cia de don Facundo, no podía se-
guir tolerando más todos aquellos
insultos y respondió enérgica-
mente:

—Esta familia de desarrapados
no le pide a usted ni un solo cén-
timo y además le hace saber que
viviendo de su trabajo tuvo el va-
lor de recoger a un niño abandona-
do, prolijarlo y darle su nom-
bre. Ese niño, que se llama hoy
Arturo Morales, dondequiera que
va se presenta con la cabeza muy
alta y proclama a cuatro vientos
la nobleza de corazón de esta fa-

milia de desarrapados que usted desprecia.

—¿Y a mí qué me importa todo eso?... Mi última palabra es que si mi hija insiste en casarse con su hijo, saldrá de esta casa para no volver más.

—Está bien, señor—respondió don Facundo marchándose de aquella casa donde tan mal recibimiento había tenido.

Doña Berta, que había estado escuchando tras de la puerta, al oír que salían se separó inmediatamente y cuando su cuñado quedó solo se acercó a él, mientras que el padre de Isabel decía:

—¡Esta hija mía!... ¡Me va a matar de un disgusto!

—Cálmate, por Dios, Jenaro—exclamó doña Berta.

—¿Sabes a lo que venía ese viejo ridículo?

—¡Qué sé yo!—respondió su cuñada afectando que ignoraba todo lo que habían hablado.

—A pedirme la mano de Isabel para aquel idiota—siguió diciéndole don Jenaro—. Es su padre... No sé cómo he podido contenerme...

—¿Qué atrevimiento!—exclamó doña Berta indignada—. ¡Gente baja al fin!

—Si me desobedece Isabel—volvió a decir don Jenaro—, saldrá de mi casa para siempre.

Doña Berta aprovechó el momento de abatimiento de su cuñado para decirle cariñosamente:

—No te faltará compañía, Jenaro... Mi hijo y yo nos instalaremos definitivamente aquí y te acompañaremos en tu soledad.

Don Jenaro creyó de buena fe las palabras de su cuñada y emocionado por el ofrecimiento se abrazó a ella, pensando que era la única persona que le quería de verdad.

Entretanto, Arturo esperaba en su casa el regreso de su padre adoptivo y seguro de que don Jenaro no accedería a su casamiento, exponía a su madre la idea que había concebido de casarse y marchar a América a hacer fortuna.

Doña Aurora lloraba enternecida al ver que Arturo marcharía tan lejos y le dijo:

—No se hacen ricos todos los que van allá, hijo mío. Antes eran otros tiempos.

—Pero yo lo conseguiré—respondió Arturo—. Tengo voluntad y quiero que llegue un día en que pueda deslumbrar a ese viejo carrabias con el lujo que ostentará Isabel.

—Así sea, hijo mío—suspiró doña Aurora—. Pero pensar que estaréis tan lejos... que no me podréis tener a vuestro lado para

consolarlos y aconsejarlos en los momentos difíciles...

Arturo abrazó conmovido a doña Aurora y le dijo:

—No llores, madre. Te tendré siempre en mi corazón y tu recuerdo me dará valor para vencer.

En esto entró don Facundo. Advertíase en su rostro el resultado de la entrevista y en cuatro palabras les refirió todo lo que había hablado con don Jenaro. Y lo mismo que hacía don Facundo con su familia, lo hacía también doña Berta con su hijo a quien le dijo:

—Por fin vamos a quedar instalados en casa de tu tío. El golpe ha sido tan fuerte que ha quedado sin voluntad. Es el momento de aprovecharnos, hijo. Tú procura estar muy cariñoso con tu tío y distraerle... Yo ya tengo las llaves de la casa y me convertiré en dueña absoluta. Allí no se hará más que mi santa voluntad.

—Dios quiera que al final no nos veamos en la cárcel—exclamó Pepito.

—¡Estúpido!— le dijo su madre.
—¿Esos son los alientos que me das?

HACIA NUEVAS TIERRAS

Tal y como lo había pensado lo hizo Arturo. La oposición de don Jenaro no fué obstáculo para que se casase con Isabel y para que a los pocos días partieran hacia América en busca de fortuna.

Pasaron los días y los meses y cuando ya hacía más de dos años que estaban allí, Daniel en su residencia de Isla de Santa Cristina, recibió una carta en la que sus

hermanos le adjuntaban una fotografía de Isabel con la de su hijo y le decían:

«Querido Daniel: Seguimos todos bien. Arturo ha formado sociedad con un español que ha conocido en ésta y trabaja mucho. Te mandamos una fotografía de nuestro hijo Carlitos que, como verás, está monísimo.

Por este mismo correo envía-

mos otra a papá Jenaro, a quien he escrito varias veces sin tener contestación.

Te abrazan tus hermanos,
Arturo e Isabel.»

Daniel, al acabar de leer la carta, miró con insistencia la fotografía y durante unos segundos no pudo apartar sus ojos del rostro de Isabel. La recordó como si la viera por primera vez en el baile de máscaras y luego, acordándose de que era la esposa de su hermano, sonrió satisfecho, apartando de su mente toda idea que pudiera ofender a los seres queridos ausentes.

Como decía Isabel, varias habían sido las cartas que habían llegado de América para don Jenaro, pero ninguna había llegado a su poder. Entre doña Berta y su hijo habían procurado hacerlas desaparecer, con el fin de que aquellas cartas no pudieran avivar el cariño de don Jenaro y perdonase a su hija.

¡Con cuánto gusto lo habría hecho! Se sentía solo, absolutamente solo, y suspiraba diariamente por el regreso de su hija, a la que calificaba de mala, por el olvido en que le tenía.

No podía comprender cómo Isabel podía vivir sin tener noticias suyas y en varias ocasiones estuvo tentado de ir a casa de los pa-

dres de Arturo para inquirir noticias de su hija. Mas un resto de orgullo lo hizo siempre desistir y en este terreno doña Berta y su hijo seguían medrando en su casa como si fuese la propia.

Al mismo tiempo que Daniel recibía aquella carta, en casa de don Jenaro se recibía la que Isabel anunciaba a su hermano que enviaba a su padre. Pepito se encargó de hacerla desaparecer y fué en busca de su madre para decirle:

—Carta de América, mamá. La he escamoteado de milagro, porque tío Jenaro ha coincidido con el cartero.

Doña Berta abrió la carta y se puso a leer su contenido, que decía:

«Querido padre: No he tenido la suerte de recibir ni una sola letra tuya. ¿Por qué no contestas a mis cartas?... ¿Tanto mal te hice? Te envío una fotografía en la que estoy yo y nuestro hijito Carlitos, tu nieto.

Doña Berta se puso a buscar la fotografía dentro del sobre y al ver que no estaba allí preguntó asustada:

—¿Y la fotografía?

—No sé — respondió Pepito—. Ya te he dicho que don Jenaro coincidió con el cartero.

—¡Válgame Dios! — exclamó

desesperada doña Berta—. ¡Otra plancha como ésta y nos hemos caído!

Pero como mujer que no se detenia a tomar una resolución entró inmediatamente en el despacho de su cuñado, vió un sobre encima de la mesa en la que había también varios periódicos y procurando disimular lo mejor posible escondió el sobre de la fotografía debajo del diario y se dispuso a salir.

Su cuñado advirtió algo extraño en todas aquellas maniobras y le preguntó extrañado:

—¿Qué es eso?... ¿A ver?

—«El Mercantil», de Valencia— le dijo su cuñado, refiriéndose al periódico que llevaba.

—No, el sobre, ¿qué es lo que contiene ese sobre?—preguntó don Jenaro—. Dámelo.

Ante la enérgica petición de su cuñado, doña Berta no se atrevió a negarse y le entregó el sobre. Lo abrió él y al contemplar la fotografía de su hija sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y leyó la dedicatoria, que decía:

«A mi abuelito. — Carlitos.»

«A mi padre. — Isabel.»

Doña Berta, al ver brillar en los ojos de su cuñado unas lágrimas, exclamó, para justificar su acción:

—¿Ves? Te has emocionado. Por eso no quería que la vieras... Por evitarte un disgusto.

Pero don Jenaro se puso a buscar en el interior del sobre y al no encontrar nada más exclamó:

—Pero, ¿no hay una carta?... Manda la fotografía sin una letra, sin que pueda yo saber si está bien o no.

—Y aun me extraña que después de dos años se haya dignado enviarte una fotografía.

—Nunca creí que mi hija se portara conmigo de esta manera—replicó con dolor don Jenaro—. Si no hubiese sido tan soberbia, yo ya la hubiese perdonado.

—Si, sí—respondió alarmada doña Berta—. Pedirte perdón con lo orgullosa que ha sido siempre. Qué poco conoces a tu hija.

Don Jenaro miró con extrañeza a su cuñada y en su mente empezó a nacer una idea, que le ponía sobre aviso con su cuñada. ¿Por qué tenía ella tanto interés en que se mantuviera aquella distancia entre padre e hija? Esto es lo que se preguntó don Jenaro y lo que empezó a dar lugar a que naciera en él la duda acerca de la actitud de su cuñada.

Don Facundo recibía continuamente fotografías de su nieto y formaba un álbum con ellas. Un día, al estar pegando un nuevo retrato de Carlitos, su mujer le dijo riendo:

—Ahora tienes una nueva pre-

ocupación. Además de coleccionar sellos, mariposas, y objetos de valor, coleccionas los retratos de Carlitos.

—Y que te conste que es la mejor de todas mis colecciones—respondió don Facundo.

Su mujer miró absorta el retrato que nuevamente le habían enviado y exclamó:

—Ya es un hombrecito... ¡Tiene cuatro años!

—Sí, pero no le cambia la nariz... Sigue siendo la de su abuelo...

Allá lejos, en América, Arturo seguía trabajando afanosamente.

Sin embargo, de pronto, una ráfaga trágica azotó la vida de aquellos tres seres. No es que fueran mal los negocios, sino que el socio de Arturo se portó indignamente y huyó con todos los fondos de la sociedad, dejando a Arturo en la más absoluta miseria. El pobre muchacho que tanto había luchado, tuvo un momento de desesperación al verse deshonrado y sin crédito y los diarios dieron cuenta de su suicidio diciendo:

«Hace unos días dimos la noticia de la denuncia que el gerente de una importante firma comercial de ésta había presentado contra su socio Aurelio Fernández,

acusado de estafa por más de medio millón de dólares. A la estafa sucedió la quiebra de la razón social y ayer, como epílogo, puso fin a su vida, disparándose un tiro en la sien, el conocido y laborioso comerciante don Arturo Morales, que deja sin amparo a su viuda y a su hijo de corta edad.»

Daniel leyó también aquel artículo y en su corazón sintió el vivo dolor que le producía la muerte de su hermano y el desamparo de su cuñada. Pensó en la angustia de sus padres cuando supiesen la triste noticia y durante varios días no pensó en otra cosa que en volver a la casa de sus padres y estar a su lado para consolarlos.

Pidió un mes de permiso justificando el motivo de su petición, y se lo concedieron inmediatamente, con lo cual Daniel pudo llegar a su casa, coincidiendo también con la llegada de Isabel.

Entre los familiares se desarrolló la más emocionante escena que puede suponerse e Isabel, siguiendo los consejos que su marido le había dado en una carta que dejó escrita antes de morir, decidió visitar a su padre.

No estaban muy seguros los padres de Daniel del recibimiento

que le harían y por lo mismo Isabel prefirió ir sola, sin su hijo. Al entrar en casa de su padre, a la primera que vió fué a su tía Berta, quien al verla exclamó asustada:

—¡Isabel!..., ¿Tú?

—Sí, tía, yo—respondió Isabel bajando la vista al suelo.

Doña Berta, al darse cuenta de la actitud de su sobrina, respiró más tranquila, pensando que todavía podría capear el temporal que se avecinaba.

—¿Qué compromiso! ¡— siguió diciendo—. Nos está prohibido pronunciar tu nombre en esta casa.

Isabel sintió una angustia infinita. Lo que menos podía ella esperar es que su padre hubiera llevado su rencor hasta el extremo de no querer saber nada de ella. Suspiró tristemente y respondió:

—Me lo figuro, cometí un delito que a los ojos de mi padre parece no tener perdón... Vengo por última vez a ver a mi padre porque es mi deber y además cumplo así la voluntad del pobre Arturo.

—¿Ha muerto tu marido? —le preguntó doña Berta.

—Sí, tía — respondió Isabel—. Le traicionó su socio y nos dejó en la ruina, después de cinco años de infatigable lucha y constantes desvelos. El pobre sólo pensaba en volver rico para obtener la con-

fianza de papá y su perdón, porque Arturo era todo un hombre, ¿lo oyes bien, tía? Todo un hombre.

Los sollozos cortaron su narración y su tía la animó diciéndole con afectado cariño:

—Sigue.

—Antes de morir me escribió esta carta, que conservo para que lo lea papá.

Sacó una carta del bolso de mano que llevaba y se la leyó a su tía, diciéndole:

«Querida Isabel: No tengo ningún derecho a arrastrarte en mi desgracia. Perdóname la pena que pueda causarte mi resolución, pero una vez habré yo desaparecido podrás volver al lado de tu padre. Pídele perdón y que proteja a nuestro hijo Carlitos, que ninguna culpa tiene. Adiós, Isabel. — Arturo».

Mientras leía aquella carta, don Jenaro entró en su casa y preguntó a una de las nuevas sirvientas que doña Berta había puesto:

—¿Quién está con mi hermana?

—Una señora enlutada—le respondió la muchacha.

—¿La conozco yo? — preguntó don Jenaro.

—No, señor—respondió nuevamente la sirvienta.

Don Jenaro, sin detenerse subió

directamente a su cuarto, mientras que doña Berta afectaba sentir un vivo interés por Isabel y le decía:

—¿Qué puedo hacer yo por ti, hija mía?

—Mucho, tía—le dijo Isabel—. Tú puedes inclinar el ánimo de mi padre hacia el perdón. Cuéntale mi desgracia, que me he quedado sin recursos, viuda y con un hijo que lleva su sangre.

Doña Berta dudó un instante y al fin le respondió:

—Lo malo es que tu padre... No sé si querrá recibírte... En fin, voy a hacer todo lo humanamente posible. Espérame un momento.

Salió doña Berta con la intención, desde luego, de no decir nada a su cuñado y si de ver la forma de alejar de la casa a Isabel, antes que don Jenaro pudiera verla. Le constaba a ella que en cuanto el padre viese a su hija desaparecería todo lo que entre ellos existía y su predominio en la casa sería otra vez nulo, así como perdería la herencia para su Pepito. Por lo mismo, cuando entró en el cuarto de su cuñado, en vez de decirle que abajo estaba su hija, le preguntó solícitamente:

—¿Deseas algo Jenaro?

—Sí—le respondió éste—, que no te olvides de traerme la «Digi-

talinas», que se me ha terminado.

—En seguida mandaré por ella—respondió cariñosamente su cuñada.

—¿Quién es esa señora con quien hablabas hace un rato?—le preguntó don Jenaro por decir algo.

—Una antigua amiga que ha venido a preguntarme la dirección de mi modista. Es más pesada—le respondió doña Berta.

Salió nuevamente del cuarto de su cuñado para ir donde estaba Isabel, que al verla venir sola sintió una angustia infinita. Presintió que su padre no quería verla y por lo mismo le preguntó vivamente a su tía:

—¿Hablaste con papá?

Su tía se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Hija, qué genio! ¡Si me descuido me pega! No sé cómo no has oído las voces... Se ha puesto como loco...

—¿Le enseñaste la carta?

—No me ha dado tiempo. Hoy está de un humor de todos los demonios. ¡La carta! Todas las que le escribiste desde América las echó al fuego sin leerlas.

Isabel comprendió que todo cuanto hiciera era inútil y se levantó para marcharse con gran

satisfacción por parte de su tía, que le dijo:

—No desesperes, Isabelita. Desde este momento sólo me preocuparé de ti. Cuando te mande aviso que vengas es que ya habré logrado convencerle. Déjame a mí.

—Gracias, tía — le respondió Isabel, mientras se dirigía hacia la puerta—. Si no por mí, hazlo por mi pobre hijito.

Dejó a su sobrina en la calle y se fué para buscar a su hijo y ponerle en conocimiento del regreso de Isabel. Lo encontró abrazado a la doncella mientras ésta le soplaban en un ojo y le decía:

—¿Salió ya?

—Parece que sí, pero, anda, no te canses, sigue soplando.

Su madre, al verlo abrazado a la doncella le gritó enérgicamente:

—¿Pepe!—Y luego, mirando altivamente a la doncella le dijo:

—¿Salga usted!

—Es que me estaba quitando una mota que tenía en el ojo—le dijo Pepe.

—Que no pueda pasar ocho días una doncella en esta casa—le dijo su madre.

—Es que sopla de una manera esta muchacha—le respondió cínicamente su hijo.

—Atiéndeme—le dijo enérgica-

mente su madre—. Ocorre algo muy grave.

—¿Se ha muerto el tío?—preguntó bromeando Pepito.

Su madre, sin contestar a la pregunta de su hijo y mirándole casi con desprecio, le respondió:

—Isabel está aquí.

—¿Cómo? — preguntó alarmado Pepito—. Eso ya es más grave.

—Yo me he quedado sin sangre en las venas cuando la he visto—le dijo doña Berta—. Lleva luto por su marido, que se suicidó allá en América.

—¡Arrea!

—Ya supondrás—siguió diciéndole doña Berta — que no debe verse por ningún concepto con su padre... Si el viejo sabe que ella está aquí, se enternece y la perdona, todo mi trabajo perdido.

—¿Qué haremos, mamá?—preguntó su hijo tan alarmado como su madre.

—Hay que tener mucha vista—le dijo doña Berta.

Pepito quiso hacer un chiste y refiriéndose a sus gafas le respondió:

—Pues para lo de la vista no cuentas conmigo.

Durante la visita que Isabel hizo a su padre, don Facundo se quedó jugando con su nieto. Desde que el chiquillo había llegado el

abuelo no sabía separarse de él y el niño y el viejo se habían convertido en dos amigos inseparables. Lo tenía don Facundo en las rodillas y le preguntaba:

—Vamos a ver, hermoso, ¿Cuántos son los Mandamientos de la Ley de Dios? Contesta despacito... ¿El primero?

—Amar a Dios sobre todas las cosas—respondió el niño.

—¿El segundo?

—Honrar a padre y madre... ¿Y a los abuelitos también, verdad?

—Claro. A los abuelitos también.

En aquel momento entró Isabel, y doña Aurora y su marido comprendieron por su semblante que la entrevista con don Jenaro no había tenido ningún resultado. Doña Aurora fué la primera en preguntarle y le dijo:

—¿Qué ha ocurrido, hija mía?

—No ha querido recibirme—respondió con profunda tristeza Isabel.

—Lo esperaba—replicó don Facundo.

—¡Pero esto es increíble!—exclamó doña Aurora.

—Hablé con tía Berta primero—siguió diciéndoles Isabel—, que estuvo muy cariñosa conmigo y me ha prometido ayudarme. Que-

dó en enviarme un recado cuando vea la ocasión oportuna.

—Ocasión que no se presentará nunca porque ella se encargará de atizar el fuego—le dijo doña Aurora.

Don Facundo se caló las gafas, y dándose cuenta de lo trascendental de lo que iba a decir, exclamó:

—Escucha, Isabel. Como esperábamos que tu padre no te recibiría, hemos tomado nuestras medidas y hemos concebido un plan. Claro que a base de mentir... pero no hay más remedio. Tu tía Berta es una... pon aquí el adjetivo que más te agrade, y hay que desmascararla. Es preciso ver de cerca todo cuanto hace desde que se ha convertido en la dueña de tu casa.

—Iremos de pillo a pillo—dijo doña Aurora.

—No acabo de entender—exclamó Isabel, sin comprender bien lo que querían decirle los dos viejos.

—Poco a poco lo irás entendiendo—siguió diciendo don Facundo.

—Por de pronto Aurora entabló amistad con la cocinera de tu casa, llegaron en seguida a un acuerdo y mediante una regular cantidad de dinero esta mujer abandonará el empleo con la excusa de un viaje urgente a su pueblo y

Aurora entrará de cocinera interina en la casa de tu padre, mañana por la mañana.

—Pero, ¿qué dice usted?—exclamó Isabel asustada.

—¿Te parece que sirvo yo para cocinera de pastin?—preguntó doña Aurora bromeando, para animar a Isabel.

—Claro que sí—respondió más alegre Isabel.

—Pues por las luces de mis ojos—volvió a decir doña Aurora—que vas a verme de cocinera de tu padre y persona de confianza de tu tía. A mí no me conoce ni tu padre ni tu tía ni nadie de la casa, conque ya ves si tengo el campo libre.

—Ustedes sabrán lo que se proponen—respondió Isabel.

—Con que adelante y Dios sobre todo—exclamó animada doña Aurora—. O tu padre te perdona o saco yo a tu tía de aquella casa arrastrada por el moño.

Y en efecto, tal como se lo había propuesto, doña Aurora entró de cocinera en casa de don Jenaro y a los pocos días de estar allí, el propio padre de Isabel le dijo a su cuñada, mientras que tomaban el te.

—Esta cocinera es la mejor que hemos tenido... Llámala, quiero felicitarla por estos pastelillos.

Hizo llamar a la cocinera y cuando doña Aurora estuvo dentro la dijo:

—La he llamado para felicitarla por lo bien que guisa usted y por la puntualidad en servir las comidas, cosa que no habíamos conseguido nunca en esta casa.

—Muchas gracias, señor—respondió humildemente doña Aurora.

—Berta—siguió diciendo don Jenaro—, desde el mes próximo hay que aumentar el sueldo a Aurora.

—Como tú mandes—respondió doña Berta.

—Y siga usted así—terminó diciéndole don Jenaro—. A ver si pone usted un poco de orden en la cocina y en esta casa, porque hasta la hora presente, esto ha sido un desbarajuste. Usted es la de más edad y tiene que imponerse a todo el servicio.

—Yo creo que esas son atribuciones mías—exclamó ofendida doña Berta.

—Tú estás continuamente fuera de casa—le advirtió su cuñado.

—De tu hijo no hablo, porque hace un siglo que no le veo. Me dejáis completamente solo y el servicio hace lo que le da la gana.

Doña Berta se levantó ofendi-

da y salió de la habitación diciendo:

—Menos mal que Aurora es una mujer sensata y no tomará a pecho tus cosas.

Cuando quedaron solos doña Aurora comprendió que había llegado el momento de empezar su plan y le dijo:

—No se disguste... Luego, cuando haya salido la señora, si me lo permite vendré a hacerle un rato de compañía.

—Se lo agradeceré mucho—le dijo don Jenaro—. Pesa estar tantas horas solo.

Aquella misma tarde, Daniel y su cuñada, acompañados de Carlitos, habían salido a dar una vuelta por la población.

Doña Aurora, por su parte, no perdía momento y en cuanto quedó sola entró a ver a don Jenaro, con la excusa de llevarle la medicina y le dijo:

—Doña Berta me ha encargado que le traiga a usted esto.

—Ah, sí, la «Digitalina»—respondió don Jenaro—. Muchas gracias. Este corazón mío no quiere andar muy bien.

La madre de Daniel se quedó mirando fijamente a don Jenaro y le respondió:

—Me parece que usted y yo sufrimos del mismo mal... ¿A us-

ted no le duele el corazón desde que tuvo un disgusto muy fuerte con una persona a quien usted quería mucho?

—Así es, desgraciadamente—suspiró con tristeza don Jenaro.

—Si lo lleva usted retratado en el semblante—le dijo doña Aurora—. A usted le pasa lo mismo que a mí. Apenas me sobresalto por cualquier cosa... Desde que mi hijo Paco me dió el disgusto de su desdichada boda...

—¿Ah, tiene usted un hijo?—le preguntó con interés don Jenaro.

—Un buen mozo, sí, señor. Eran mi orgullo la arrogancia y la figura de mi hijo, pero...

—¿Qué le ha ocurrido?—le preguntó con interés don Jenaro, al ver que ella se detenía.

—Nada, cegueras de madre, sabe usted? Me figuré que no había mujer digna para él como no fuera una marquesa, pongo por caso. Y se lo repetía a cada momento. «Paco, tú te casarás con una millonaria, tengo ese presentimiento...»

—¿Y salieron los cálculos equivocados?— preguntó don Jenaro, viendo en la historia de Aurora una parecida a la de su hija.

—Pero que en absoluto—exclamó doña Aurora—. Se enamoró de la muchacha más pobre del barrio.

—¡Son ellos los que eligen!— exclamó con triateza don Jenaro.

—Hice todo lo posible para que mi hijo no se casara, pero todo fué inútil... Se casaron, pero yo me despedí para siempre de mi hijo. Y aquí empezaron para mí los disgustos y los sufrimientos. Supe que había tenido un niño y las vecinas me contaban que si era tan hermoso, que si estaba tan rollizo, en fin, como puede usted suponer yo me podría por dentro, pero no di mibrazo a torcer... Hasta que un día, después de cuatro años...

—¿Cedió usted?—preguntó don Jenaro, sin perder palabra de la historia que le estaba contando su cocinera.

Ella sonrió tristemente y le dijo:

—No me conoce usted, don Jenaro. Mi orgullo podía más. Vino ella a mi casa con el niño... Un angelito de cuatro años hermoso como un sol.

—¿Ella?... ¿Y por qué no él?

Doña Aurora se secó una lágrima y continuó:

—Pues porque mi hijo la había abandonado por una de esas mujeres que cantan en los cabarets... ¡Figúrese usted! Recogí a mi nueru y a mi nieto con el se-

creto remordimiento de conciencia que usted puede suponer...

—Lleva usted razón — exclamó don Jenaro.

—Si yo me atreviera le pediría a usted un favor.

—Si está en mi mano piense que lo tiene concedido.

—Pues hará usted una obra de misericordia... Permitame traer conmigo a mi nieto... Es tan quieto y tan sumiso que se estaría sentado en una sillita en cualquier rincón de la cocina... ¿Quiere usted ver la fotografía?... Vuelvo en seguida.

Y al poco rato volvió con la fotografía de Carlitos, con otra diferente a la que don Jenaro tenía. Este la miró fijamente y exclamó, halagado por la simpatía que reflejaba el rostro del chiquillo:

—Hermosa criatura...

Mientras don Jenaro tenía la fotografía en las manos Aurora miró hacia atrás y exclamó sobresaltada:

—¡Me parece que ha llegado la señora!

Y aquel mismo día la madre de Daniel fué a su casa por Carlitos, para llevárselo a casa de don Jenaro.

—Cuando te pregunten cómo te

llamas—le advirtió su abuela—di que te llamas Carlitos Mora.

—Sí, abuelita.

—Dices también que tu mamá está enfermita en el hospital.

—Está bien, abuelita—respondió Carlitos.

El chiquillo, aleccionado por su abuela, pronto se hizo el amo de la casa. Principalmente de don Jenaro, que buscaba todos los momentos posibles para estar al lado del pequeño. Carlitos se convirtió desde el primer día en el compañero inseparable del padre de Isabel y ésta no volvía una vez a casa que no le trajese algún juguete.

Mientras Carlitos se iba apoderando del cariño de don Jenaro, don Facundo, por recomendación de su mujer, había entrado de administrador en la casa. Claro está que doña Aurora se cuidó muy mucho de decirle que era su marido, quien además, desde la primera entrevista, se hizo dueño del corazón de la vieja presumida.

Doña Berta al verlo la primera tarde, le dijo:

—¿Es usted don Simcón Mas?

—Y Mas—respondió él—. Coincidencias de los apellidos paterno y materno.

—Ya le habrá dicho Aurora...

—Todo—exclamó don Facundo, que se hacía pasar por don Si-

mcón—. Llevar la contabilidad de la casa y procurar que al señorito Pepe, su hijo... no le falte nada.

—Justamente.

—En cuanto a los números, he de advertir a la señora que yo, a los 16 años, ya era tenedor.

—Muy bien—repuso ella—. Pues aquí tendrá usted que entenderse las conmigo.

—Gran fortuna—respondió don Facundo—. Tiene usted cara de ser inteligentísima.

Doña Berta miró sonriendo a don Facundo y respondió con cierto rubor:

—¿Cree usted?

—Lo afirmo y perdone mi atrevimiento.

—¿Tiene usted mucha familia?

—le preguntó ella interesada.

—Ninguna, señora, soy soltero.

Doña Berta bajó la vista al suelo ruborizada y respondió:

—Yo soy viuda.

—¿Viuda?... ¡Qué lástima!... ¿Tan joven?...

—¿Cree usted?—preguntó doña Berta.

Don Facundo acercó su silla a la de ella y siguió diciéndole intencionadamente, al ver el efecto que habían causado sus palabras en la vieja:

—Créame usted. La ilusión de toda mi vida ha sido formar un

hogar, tener hijos. Luchar por ellos... Pero entre las mujeres modernas las medias naranjas en buenas condiciones... comprende usted...

—No desespere usted — le dijo ella con coquetería—. A lo mejor un día donde menos se piensa...

—Sí, salta una fiebre—dice el refrán—. Yo a veces me pregunto: ¿No habrá en el mundo una fiebre para este tenedor?

Y tanto interés se tomó doña Berta por el nuevo tenedor, que cuando terminó la conversación con él entró en la cocina y le dijo a Aurora:

—¡Aurora, Aurora!... ¡Me parece que voy a ducharle a usted mi felicidad.

—No comprendo — respondió doña Aurora.

—Verá usted — le dijo ella—. Acabo de hablar con el nuevo administrador... ¡Qué hombre me ha recomendado usted!... ¡Qué correcto!... ¡Qué galante!... ¡Cómo mira! Entre mujeres no debe haber secretos, Aurora. Hágase cargo de que soy viuda desde hace veinte años y que acabo de vivir ese cuarto de hora de debilidad que sentimos todas las mujeres... No lo puedo remediar... Me gusta el nuevo administrador... ¿Cree

usted que puedo yo gustarle a un hombre?

—¿Por qué no, doña Berta?

—¡Ay, Dios la bendiga, Aurora! ¡El cielo la inspiró para traer aquí a ese hombre!

Aquella tarde estaba Carlitos con su abuelo y éste le enseñó un juguete mecánico que había sobre una mesita y una caja de chocolates diciéndole:

—¿Te gusta?

—Mucho — respondió Carlitos.

—¿Estos bombones son para mí?

—También para ti si eres formalito.

—Dame uno — le pidió el chiquillo.

Don Jenaro, para hacerlo rabiar le dijo:

—No, luego, cuando venga tu abuelita... Ahora sigue jugando con el mecánico, pero sin hacer ruido.

—¿Tienes sueño? — preguntó el chiquillo cariñosamente.

—Sí—respondió don Jenaro—. No he dormido esta noche.

—¿Quieres que te cante una canción para que te duermas?—preguntó Carlitos.

—¿Tú sabes cantar?

—Sí, verás.

Y arrodillándose ante su abuelo, se puso a cantar una de esas canciones que las madres cantan a sus pequeños.

CUENTO DE «PULGARCITO»

*El travieso Pulgarcito
que de su casa se escapó,
al gigante Comelobos
en un bosque se encontró,
Pulgarcito, no te asustes,
Comelobos exclamó,
pero cuando estuvo cerca,
los colmillos le enseñó.
Y Pulgarcito, desde esta vez,
más travessuras no ha vuelto a hacer.*

*Alíró, Alíró,
A Comelobos le temo yo.
Alíró, Alíró,
Parque a los niños malos
él siempre se comió.
Alíri, Alíri,
El cuento se acabó.*

Don Jenaro soareía halagado por la solicitud del chiquillo y pensaba que él también tenía otro de aquella misma edad.

El niño, cuando lo vió dormido, se fué a la caja de bombones, la abrió y empezó a comérselos. Pero tiró la desgracia de dar con el codo al mecano y que éste rodase por el suelo, despertando con el ruido al abuelo que al verle toda la cara manchada de chocolate le dijo:

—Tú has comido bombones.

—No—respondió Carlitos.

Don Jenaro lo hizo acercarse y le dijo:

—¿Tú sabes los mandamientos de la Ley de Dios?

—Sí, señor—respondió el chiquillo.

—¿Cuál es el octavo?

—No levantar falsos testimonios ni mentir—respondió Carlitos.

—Entonces tú has faltado al octavo mandamiento, porque has mentido y no te compraré la escopeta que me pediste ayer... Los niños no mienten.

—No me riñas—respondió sollozando casi el chiquillo—. He comido bombones, pero no me riñas.

Don Jenaro lo acarició paternalmente y le dijo:

—Así se hace... Los niños no mienten nunca. Dí siempre la verdad y te compraré esta misma tarde la escopeta.

—¿De veras me comprarás esta tarde la escopeta si digo siempre la verdad?

—Palabra de honor—respondió don Jenaro.

Carlitos miró entonces a todas partes y cuando vió que estaba solo con don Jenaro, le confesó:

—Pues yo además de la mentira de los bombones, te he dicho dos mentiras más.

—¿Cuáles son?—preguntó don Jenaro fingiendo una gran extrañeza.

—La primera es que yo no me llamo Carlitos Mora.

—Entonces, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carlitos Morales Alvarez de Castro.

—¿Alvarez de Castro?—exclamó don Jenaro.

—Sí—siguió diciéndole el chiquillo.

Don Jenaro no quiso detener al chiquillo y pensando que podría sacarle toda la verdad, le dijo:

—Sigue y dime toda la verdad. ¿Cuál es la segunda mentira?

—La segunda mentira es que mi mamá no está enferma en el hospital.

—¿Dónde está?

—Está en casa. Siempre está llorando porque mi abuelito, que es muy malo, no quiere perdonarla.

—¿Y cómo se llama tu mamá?

—Isabel Alvarez de Castro.

Don Jenaro cogió al niño en sus brazos y abrazándolo tiernamente le besó con el ansia de quien encuentra lo que tanto ansiaba. El chiquillo, sin comprender la emoción del viejo, le preguntó:

—¿Me comprarás la escopeta?

—Sí, hijo mío, la escopeta y todo lo que tú quieras.

—¿Sabes para qué la quiero?

—le dijo ingenuamente el chiquillo—. Para matar al abuelito malo que hace llorar a mi mamá tan buena.

Don Jenaro hizo más fuerte el abrazo en que tenía a su nieto y respondió casi llorando:

—El abuelo malo ha muerto ya, hijo mío... Yo seré el abuelito bueno, si tú quieres.

—Entonces, ¿me dejarás que yo te llame abuelito?... Tú eres muy bueno y yo te quiero mucho... ¿Verdad que tú quieres a mi mamá?...

—Sí, ángel mío... Tú no puedes comprender todo lo que yo la quiero. Corre a la cocina y di a la abuelita que venga.

El niño echó a correr, pero al llegar a la puerta se detuvo y levantó su dedito diciéndole:

—No le digas nada a mi abuelita, porque me pegaría azotes.

—No te pegará, anda y llámala, que yo te prometo que no te pegará.

Poco después entraba Aurora y don Jenaro le cogió las manos conmovido y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Gracias, Aurora.

Ella le miró extrañada y don Jenaro siguió diciéndole:

—¿Dónde está mi hija?... Quiero verla, pedirle perdón.

Doña Aurora miró a Carlitos, pero éste se había escondido detrás de las piernas de su abuelo, para que le librara de los azotes, y don Jenaro volvió a decirle a la madre de Daniel:

—Es inútil fingir... Sé que Carlitos es mi nieto.

—Perdóneme, don Jenaro — le dijo conmovida la buena mujer—. Todo lo hecho fué sólo buscando la felicidad de Isabel. Y ahora cálmese, no vayamos a echar por el suelo mi plan. Está usted rodeado de enemigos a los que hay que desenmascarar. Déjeme terminar mi obra... De momento cálmese, porque esta misma tarde verá usted a Isabel.

Y don Jenaro, en contra de lo que hubiera sido su deseo, tuvo que esperar hasta aquella tarde para ir a ver a su hija, acompañado de Aurora y del niño.

Mientras tanto, Daniel e Isabel se hallaban en la casa de don Facundo. Daniel, que no podía ocultar ya por más tiempo el amor que sentía por Isabel, le dijo:

—Es preciso que me marche... Mañana termina el permiso que me dieron en la almadraba...

—Lo dices con cara de pena y para mí lo estás deseando—le dijo Isabel, dándose cuenta del amor que sentía Daniel por ella.

—No lo creas — respondió el muchacho.

—Vamos, con franqueza—le dijo Isabel queriéndole hacer hablar de una vez—. Por allí habrás dejado alguien que espera tu regreso con impaciencia.

—No — respondió rápidamente Daniel—; no tengo novia... Me da un coraje este carácter mío tan corto... Mira, ahora mismo estoy enamorado y... nada, que no me atrevo a decírselo.

—Ah, vamos — respondió riendo Isabel—. Ya salió aquello. ¿Y quién es ella?

—Pues... una viudita muy guapa... ¿Tú que me aconsejas?

Isabel bajó la vista al suelo. De sobras sabía que la viudita era ella y por lo mismo le respondió:

—Yo... no sé, pero si lleva luto reciente, debes esperar y escribirla a menudo. La correspondencia es un gran auxiliar en estos casos... Ya verás cómo ella te dice que sí.

Daniel, loco de alegría, exclamó:

—¿Crees tú que me dirá que sí?

—Casí puedo asegurártelo—respondió Isabel.

—Entonces me voy más contento que nunca... Qué ganas tengo que me lo diga.

—Pues sigue mi consejo—le dijo ella—. Escríbele a menudo.

Se cogieron de las manos, se

miraron fijamente y Daniel exclamó:

—Yo creo también que me lo dirá.

En aquel momento entró doña Aurora. Había dejado a don Jenaro y al niño en la puerta y al ver flirteando a Daniel y a Isabel exclamó:

—¡Ay, si fuera verdad lo que yo me pienso!

Isabel se levantó rápidamente, separándose de Daniel y Aurora le dijo sonriendo:

—Ahora, Isabel, prepárate a recibir una gran sorpresa. Hoy es día grande... Tras de mí sube...

No pudo terminar la palabra, porque se presentó don Jenaro que al ver a su hija, exclamó, tendiéndole los brazos:

—¡Isabel!... ¡Hija mía!

Isabel se arrojó a sus brazos y durante unos minutos era tan grande la emoción que sentían que ninguno de los dos pudo decir nada. Por fin se separaron y su hija le presentó a Daniel, diciéndole:

—Es Daniel, hermano del pobre Arturo.

Se estrecharon las manos y luego don Jenaro le reprochó cariñosamente a su hija:

—Parece mentira que no me hayas escrito ni una sola letra. Uni-

camente recibí un retrato cuando el nene tendría unos meses.

—Pero si yo te escribí muchas cartas... A ninguna de ellas tuve contestación. Ahora ya comprendo que tía Berta y Pepe interceptaban mi correspondencia.

—Bueno, tiempo tendremos de hablar de todo... Vístete que tenemos que hacer algo urgente.

—¿Y me comprarás la escopeta?—preguntó Carlitos, viendo que con todo aquello se le iba a olvidar a su abuelo la escopeta.

—Sí, hermoso, sí—le dijo don Jenaro—. Te la has ganado de verdad.

Don Jenaro, que estaba puesto sobre aviso de lo que iba a ocurrir quería estar en casa para no perder la ocasión de desenmascarar a su cuñada y salió acompañado de doña Aurora, de Daniel y de Isabel para su casa.

Poco después llegó doña Berta, y al saber que había estado en casa de don Facundo su cuñado, supuso que todo se había descubierto. Corrió nuevamente a su casa y llamó al administrador, diciéndole:

—Simón, ¿me quieres?

—¿Y me lo preguntas?—exclamó éste.

—Pues tenemos que marchar de esta casa inmediatamente.

Al mismo tiempo cogió un maletín y siguió diciéndole:

—Estoy muerta, Simeón. Mete en este maletín todos los valores que haya en la Caja y vámonos.

—¿Pero vamos a fugarnos con un maletín lleno de valores?... ¿Qué es lo que ocurre?

—Pues que el niño que trajo Aurora es nada menos que el nieto de mi cuñado. Ha perdonado a su hija y tenemos que marcharnos. ¡pronto!

Don Facundo cargó con el maletín donde había encerrado todos los valores y entregándoselo a doña Berta le dijo:

—Hay que despistar... Nos despediremos de tu cuñado, como si tal cosa.

Doña Berta, siguiendo las instrucciones del fingido administrador, se hizo cargo del maletín y al llegar al hall se encontró con su cuñado y con doña Aurora, Isabel y Daniel se habían ido al balcón para evitar estar presentes en la escena.

Doña Berta se acercó a su cuñado y le dijo:

—Jenaro, vengo a comunicarte una noticia que seguramente te extrañará.

Don Jenaro la miró burlonamente y la dijo:

—Dé tí, ya no me extraña nada.

—Hemos decidido unir nuestras vidas y nos vamos.

Don Jenaro le cogió el maletín al mismo tiempo que la decía:

—A ver, permítame, ¿qué llevas ahí?... ¿Acuso las cartas que me enviaba Isabel desde América?...

Sacó tranquilamente todos los valores que llevaba en el maletín, mientras decía sonriendo:

—Os voy a librar del peso excesivo de estos papeles.

Doña Berta cogió el maletín vacío y exclamó:

—No me importa... Nos marcharemos con el maletín vacío de dinero, pero lleno de amor... Vamos, Simeón.

—Un momento—exclamó doña Aurora—. Hay un pequeño inconveniente y es que este señor es mi marido.

Doña Berta miró al administrador y al ver que éste sonreía a su mujer, se caló los impertinentes exclamando:

—Puah... ¡Gente baja, al fin!

Y salió de aquella casa donde tanto daño hizo a dos infelices que no cometieron otro delito que el de amarse sinceramente.

Don Jenaro, al quedar solo, dió la mano a don Facundo, diciéndole:

—Gracias y perdone la descortesía con que le traté hace cuatro años.

—Olvidado — exclamó riendo don Pacundo—. En aquella ocasión me fui sin la mano de Isabel y sin que me dijera usted si aquella piedra era volcánica.

—Ahora podrá usted apreciarlo porque se la regalo — respondió riendo don Jenaro.

—Encantado—exclamó don Pacundo. Y al ver a Isabel y a Daniel hablando íntimamente en el

balcón, los indicó con el dedo diciéndole a don Jenaro:

—No será difícil que algún día tenga que visitar a usted para pedirle...

—Comprendo... ¡Si ellos se quieren!... ¿Por qué no?

Y cogidos del brazo como dos buenos amigos, salieron del hall para dejar más solos todavía a Daniel y a Isabel, que empezaban su idilio amoroso.

FIN

Canción del baile apache de la película **El octavo mandamiento**

« A P A C H E T E »

(Vals apache)

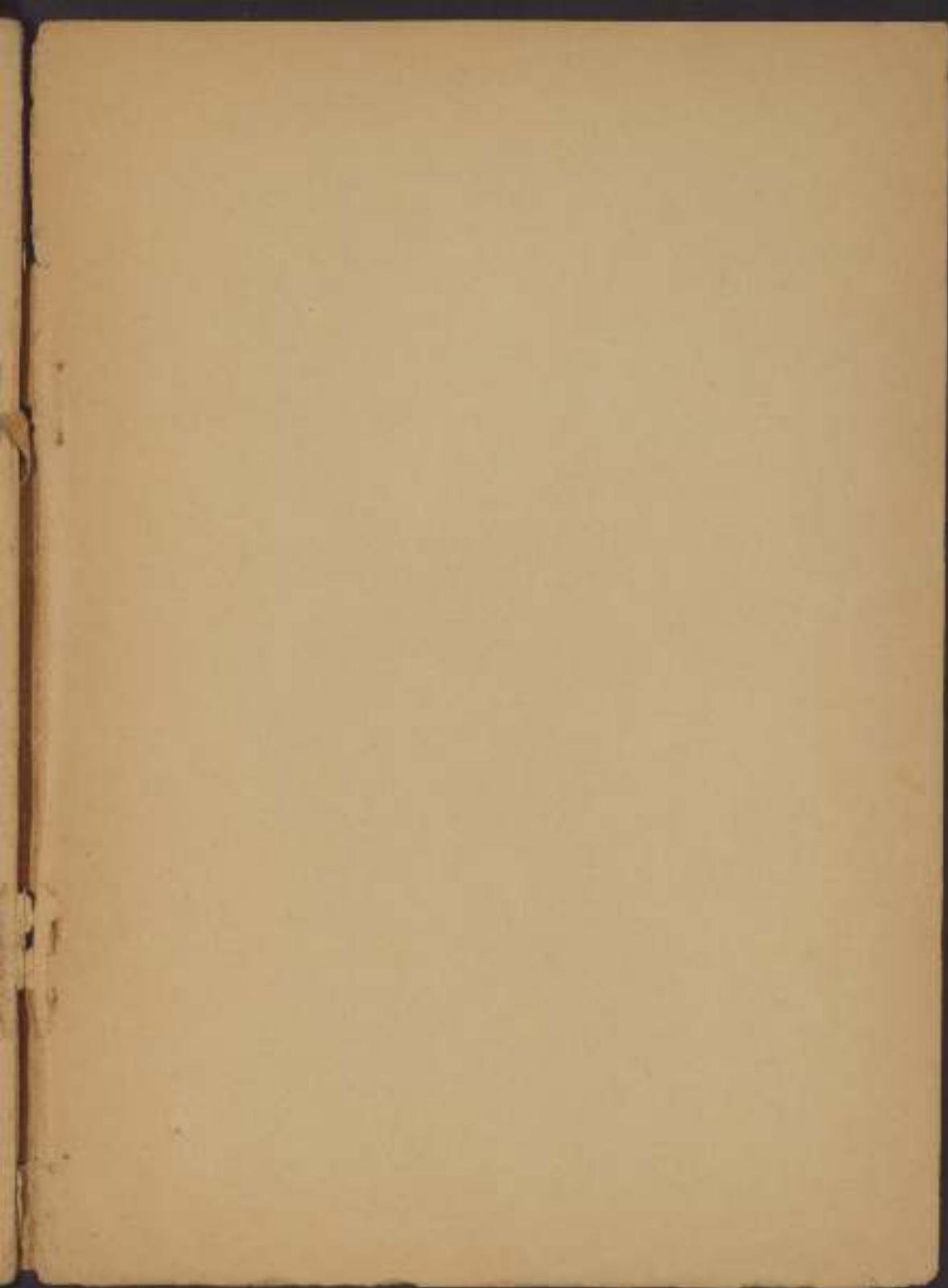
*Vivamos la vida soñando
en ella no existe el dolor,
Vivamos la vida gozando,
sin tregua sus horas de amor.
Mirando tus ojos quisiera morir,
viviendo contigo es dulce vivir.*

*Besar tu boca yo quiero,
sin ella me muero.
Junto al Sena me besaste y desfa-
[lect].
¡Ay, apache de mi vida,
mírame rendido sólo para ti!*

*En una noche de ensueño
me hiciste tu dueño
al embrujo de las notas del bandu-
[noón,
junto al río los latidos de tu cora-
[zón,*

FINAL

*Vivamos la vida soñando,
en ella no existe el dolor,
Vivamos la vida gozando,
sin tregua sus horas de amor...*



EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta